

# ARIEL

Quincenario antológico de Letras,  
Artes, Ciencias y Misceláneas

Director: FROYLAN TURCIOS

Apartado 1622

Teléfono 2138

SERIE IV

San José de Costa Rica, América Central, 15 de enero de 1938

NÚMERO 10

## SUMARIO:

I. La Sonata del Diablo, *Havelock Ellis*.—II. La horrible Mantis Religiosa, *Mauricio Maeterlinck*.—III. Alas, *Rochert*.—IV. Diario de Beethoven. —V. Aquiles, *Rafael Cardona*.—VI. Emociones estéticas, De Roma a lo Paleolítico, *José Lozano*. Diamante azul en mi tesoro de recuerdos, *Froylán Turcios*.—VII. Saludo postal, *Leopoldo Díaz*.—VIII. Dominador de las fuerzas celestes, *Atharva-Veda*.—IX. Vocativo sentimental, *Victor Guardio Quirós*.—X. Elogio de la cultura por Yusuf. —XI. Amado de los dioses. —XII. Meditaciones de Jacinto Benavente. —XIII. Proyectos generosos, *Timotheo Miralda*.—XIV. Partículas de radium. —XV. El tañedor de flauta, *Shi-Wor-Uko*.—XVI. Froylán Turcios en Costa Rica. —XVII. El retrato auténtico de Leonardo, *José Deladón*.—XVIII. Entre mandarines, *Tu-Fu*.—XIX. El sarcástico Luis. —XX. Cosecha fatal, *Stefan Zwerg*.—XXI. Nansen tutelar, *José Enrique Rodó*.—XXII. Cono-

cimientos raros. —XXIII. Dedicatorias que nos honran. —XXIV. Sección para los niños costarricenses: La Tempestad, *Shakespeare*.—XXV. Autoopitafio de Semiramis. —XXVI. Serenidad ante la muerte, *El Cronista*.—XXVII. Vocabulario filosófico, *Edmond Goblot*.—XXVIII. Los sueños. —XXIX. El color del mundo, *Arturo Mejía Nieto*.—XXX. Las grandes amantes, *Roberto Buckner*.—XXXI. Una tumba, *Arthur Holitscher*.—XXXII. Arco, *Pedro de Répide*.—XXXIII. Manicomio, *Fernando González*.—XXXIV. Ariel, *Bibliotecas y Libros*.—XXXV. Predicción fúnebre, *Alfred Duschon*.—XXXVI. El elefante herido, *J. Michelet*.—XXXVII. Miscelánea interesante. —XXXVIII. Banquete ofrecido a Alberto Duro. —XXXIX. Las manos misteriosas, *Luis Jacolliot*.—XL. La mujer y el chacol. —XLI. El palacio de Versalles, *Alfredo de Musset*.—XLII. Notas.

## LA SONATA DEL DIABLO

Después del *Kubla Khan* de Coleridge, la composición artística más notable, compuesta en sueños, es la sonata de Tartini conocida por el *Trino del Diablo*.

Tartini fue un compositor y violinista del siglo XVIII, a quien se llama el precursor de Paganini. Hombre de temperamento nervioso y emotivo, Tartini poseyó verdadero genio, y esta sonata es su obra maestra. La compuso a la edad de veintidós años. Siendo ya anciano dio al astrónomo Lalande, que lo refiere en su *Viaje de un francés por Italia* (1765), que había tenido un sueño en el cual le vendió su alma al Demonio, y entonces se le ocurrió en este sueño entregarle su arco a Satanás para ver lo que haría con él.

—Pero grande fue mi sorpresa—añadía—cuando le oí tocar con perfecta habilidad una sonata de exquisita belleza, que sobrepujaba los más atrevidos vuelos de mi imaginación. Me sentí transportado, estático, encantado, y sin abicito hasta que me desperté. Cogiendo mi viola, traté de repetir la melodía que había escuchado, pero fue en vano. Entonces compuse *La Sonata del Diablo*, que es lo mejor que he escrito (pero cuán inferior a lo que oí en mi sueño!

*Havelock Ellis.*

# *Mundo de los Sueños*, (páginas 275-276).

## LA HORRIBLE MANTIS RELIGIOSA

...Pero la Mantis, el estático insecto, siempre con los brazos en alto, en actitud de invocación suprema, la horrible Mantis Religiosa u orante, va todavía más allá: se come a sus esposos—es tan insaciable que a veces se engulle a siete u ocho de una sentada—mientras éstos la estrechan apasionadamente contra su corazón. Sus inconcebibles besos devoran, no metafóricamente sino con espantable realidad, al desventurado elegido de su alma o de su estómago. Comienza su festín por la cabeza, baja luego al torax y no se da por satisfecha hasta que sólo quedan las patas de atrás, que desprecia por demasiado coriáceas. Entonces da de lado a los pobres restos, mientras un nuevo pretendiente, que aguarda con toda tranquilidad el término del monstruoso festín, se adelanta heroico para sufrir idéntica suerte.

*Mauricio Maeterlinck.*

## VERDADES SINTETICAS

—Hablar sin pensar es tirar sin apuntar.  
—En la boca del discreto lo público es secreto.

—No fies ni porfies, no apuestes ni preses y vivirás con sosiego entre las gentes.

—La viuda honrada, su puerta cerrada.

—Tres cosas sacan al hombre de fino: la mujer, los naipes y el vino.

## ALAS

¡Alas, alas para volar por montañas y valles! Alas para mecer mi corazón en la luz de la aurora! ¡Alas para cernirme sobre el mar bañado en la púrpura de la mañana! ¡Alas para remontarme más allá de la vida y traspasar los dominios de la muerte!

*Ruckert.*

## DIARIO DE BEETHOVEN

A fines del siglo pasado se encontraron en Berlín varios cuadernos voluminosos del diario íntimo de Beethoven. La escritura del genial músico era absolutamente indescifrable. A pesar de eso muchos investigadores emprendieron la tarea de ponerlos en limpio, trabajo que duró años.

Además de mi mala salud, desde hace tres años oigo cada vez menos. Para darte una idea de esta sordera extraordinaria, es suficiente decirte que en el teatro me veo obligado a permanecer pegado al foso de la orquesta para poder comprender a los artistas. Desde que me alejo un poco ya no oigo nada: ni los instrumentos, ni las voces de los ejecutantes. Es asombroso que al hablarme, algunos de mis interlocutores no se den cuenta—probablemente lo atribuyen a mi distracción. Me ocurre a menudo, también, oír apenas a las personas que me hablan despacio, a pesar de que distingo los tonos pero no las palabras. Sin embargo, cuando alguien grita me pongo fuera de mí. Sólo el cielo sabe lo que me ocurrirá. Muchas veces maldigo al Creador y mi permanencia en este mundo. Plutarco me ha traído la resignación.

...*huyo de las gentes*

Puedo decir que vivo en pleno aislamiento. Desde hace alrededor de dos años huyo de toda sociedad... Todavía si yo tuviera otra profesión, pero en la mía es un caso extraordinario. ¿Qué van a decir mis enemigos cuyo número está lejos de ser insignificante?

Jamás podría decirte lo triste y vacía que es mi vida desde hace cerca de dos años. La debilidad de mi oído me persigue en todas partes como un fantasma, y huyo de las gentes, que deben tomarme por un misántropo, a pesar de que no lo soy en absoluto.

Si no fuera por mi sordera, habría desde hace tiempo visitado la mitad del universo: no existe para mí placer más grande que el de exhibir públicamente mi arte.

Si no hubiera leído en alguna parte que el hombre no puede abandonar estos lugares

mientras sea aún capaz de hacer algún bien en la tierra, ya no sería posiblemente de este mundo. Sin esa desgracia, podría abrazar, estrechar al mundo entero. Mi juventud—sí, siento que recién comienza en mí. Mis fuerzas físicas hierven más que nunca y lo mismo ocurre con mi espíritu.

¡Valor! A pesar de toda la debilidad del cuerpo, mi espíritu debe triunfar.

¡Oh! ¡Sería tan bello vivir mil veces la vida! Pero una vida tranquila—no estoy seguro de que éste no es mi caso.

No me consideres nunca como un desgraciado, no podría soportarlo.

Habrás notado muchas veces, que cuando estoy entre la gente, soy como un pez en la arena, que se retuerce impotente, hasta el momento en que Galatea, benévola, lo arroja de nuevo en el mar que ruga.

En suma, los hombres me tratan aún con mucha paciencia, porque en el estado en que me encuentro no puedo vivir y obrar como antes, a pesar de que me llamo Beethoven. Puedo decir que vivo casi solitario en el gran territorio de Alemania y estoy forzado a permanecer apartado de todos aquellos que amo o que podría amar algún día.

No, la amistad y otros sentimientos análogos no me producen más que golpes y heridas. No esperes pues, pobre Beethoven, ninguna alegría del exterior. Crea tú todo, de las fibras más secretas, pues solamente en el mundo ideal encontrarás alguna felicidad.

...*No llegaré jamás a la cima*

Espero proporcionar aún algunas grandes obras a la humanidad y luego terminaré mis días acogido por alguna persona de corazón.

Cada día me aproximo más al fin que persigo, pero me es imposible describirlo. ¿Reposo? No conozco ninguno, salvo el sueño y me apeno de comprobar que ahora debo consagrarle más tiempo que nunca.

Un verdadero artista no tiene ningún orgullo, pero como ve desgraciadamente que el arte no tiene límites, siente de un modo indudable que no llegará jamás a la cima. Y es tanto que es, probablemente, admirado por sus contemporáneos, llora interiormente por no poder llegar allí donde el Genio brilla a sus ojos con la luz de un sol lejano e inaccesible.

Una alegría desbordante me empuja a veces con una insistencia no menos violenta a encerrarme en mí mismo.

Por más brillantes que sean algunos aspectos de la gloria, el artista se ve asediado

muchas veces por las necesidades cotidianas que lo arrancan frecuentemente y con brusquedad de esas alturas etéreas.

Reyes y príncipes pueden nombrar profesores y dignatarios tanto como puedan, distribuir títulos y condecoraciones. Pero no obstante todo su poder, son impotentes para hacer grandes hombres, grandes espíritus que se eleven por encima de la miseria humana. Cuando dos seres como Goethe y yo, por ejemplo, nos tomamos de la mano, los amos de este mundo se aperciben por fin de qué es lo que vale realmente para nosotros.

La estimación, el amor, la veneración que tuve desde mi más temprana edad por Goethe viven siempre en mi corazón; únicamente, soy incapaz de expresarlo con palabras, pobre ignorante que soy, pues sólo puedo hacerme entender con la música.

Siempre me he contado entre los más grandes admiradores de Mozart y lo seré hasta mi último suspiro. La buena acogida que le acaban de brindar al *Don Juan* me alegro como si se tratara de mi propia obra.

Haendel es un maestro inigualable. Estudiándolo para aprender a expresar con el mínimo de medios, el máximo de efectos.

Nada podrá jamás secar los laureles a un Haendel, a un Haydn o a un Mozart. Estos les pertenecen a justo título, pero no me corresponden a mí todavía.

### *En perpetuo temor*

Las paredes de mi pieza están tapizadas con retratos de Haendel, Bach, Gluck, Mozart y Haydn.

No es Bach (arroyo) como debería llamarse sino *meer* (mar), pues inmenso es su arte de combinar los tonos y sin límites su riqueza de armonías.

Me ocurre a menudo llegar casi a la locura al pensar en mi gloria, de la que no soy digno: la felicidad me busca asiduamente pero yo temo perpetuamente que una nueva desgracia caiga sobre mí.

Tú sabes que escribir no es mi fuerte: hasta mis mejores amigos están sin cartas mías durante largos años. No vivo más que en mis notas que se suceden de tal modo que no dejan espacio entre ellas. Mis pensamientos se metían mucho tiempo antes de que pueda exponerlos en el papel. Sin embargo, mi memoria es tan fiel que me permite recordar los temas después de mucho tiempo. Cambio muchas cosas, abandono y tomo otras hasta que estoy más o menos contento. Es sólo

entonces que comienza en mi mente el verdadero trabajo en amplitud, en profundidad y en altura, y la idea principal no me abandona jamás: sube, toma vuelo y la veo y la oigo levantarse sola en mi espíritu, no quedándose más que el trabajo de transcripción puro y simple.

¿Dónde tomo mis ideas? No podría decirte exactamente. Me vienen sin que yo las busque, directa o indirectamente; a veces soy capaz de tocarlas con mis propias manos, circulan en el aire, en el bosque, en mis paseos, en el silencio de la noche, en la frescura de la mañana, llenas de matices diversos que se expresan en palabras en el escritor y en tonos en mí. Suenan, murmuran, se precipitan en tumulto hasta que las veo inmovilizarse en notas ante mí.

Cuando trato de tiempo en tiempo de dar una forma musical a mis sentimientos en efervescencia, me encuentro terriblemente decepcionado: lleno de despecho, arrojó al suelo mi hoja borroneada, absolutamente persuadido de que las celestes imágenes que, en esas horas, ningún mortal sabrá traducir con la música o con los colores o con un cincel, pueblan mi sobreexcitada fantasía.

Comprador de libros: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

### AQUILES

¡Hijo del Mar, espíritu de bruma; de ojos marinos y de crenchas blondas, eres como el fantasma de las ondas y la cólera hirviente de la espuma!

Es justo que tu enojo se resuma en estéril quietud y no respondas, hasta que por las picas y las frondas Patroclo caiga a quien la Moira abrumba.

Entonces nada habrá que te constriña o te detenga al fúnebre acicate; y prometiendo al ave de rapaña

los huesos de Héctor si ante ti se abate, vuelves con él—despojo de la riña—tatado al pie del carro de combate!

Rafael Cardona.

## EMOCIONES ESTÉTICAS

XIV. Visito el *Museo de Keats y Shelley* —número 26 de la Plaza de España, frente a la gradería derecha que conduce a la iglesia de la Trinidad del Monte.

En una placa de mármol fija en la pared exterior se lee:

*L'inglese poeta Giovanni Keats  
mente maravigliosa quanto precoce  
mori in questa casa  
li 24 febraio 1821  
ventesimosesto dell'eta sua.*

Mírase debajo una lira y la traducción inglesa de las líneas anteriores.

El museo contiene la biblioteca de los dos grandes poetas; y manuscritos, retratos, muebles y una innumerable variedad de objetos de su uso personal.

La joven que muestra a los visitantes aquellas ilustres reliquias me dice que no vivieron nunca juntos en Roma Shelley y Keats. Que éste, agonizante en Nápoles de la terrible tisis que llevara al sepulcro a su madre y hermano, fué conducido a Roma por su fraternal amigo Joseph Severn (\*), quien lo alojó en aquella casa en diciembre de 1820, prodigándole hasta su muerte los más exquisitos cuidados. Que Keats no conoció a Roma, pues apenas pudo moverse de su lecho en los dos meses que duró su dolencia.

Me hizo ver el pequeño cuarto, cuya ventana se abre sobre la escalinata, en donde se extinguió aquel excelso espíritu: el sitio en que estuvo su cama, el último libro en que anotó su infortunio.

Escribí algunas frases en el álbum en que la simpatía y la admiración de miles de viajeros de todas las regiones del mundo reafirman la gloria de los dos magníficos ingenios, que partieron hacia lo ignoto en el esplendor de su divina juventud.

XV. *Galería Colonna*.—La entrada es sordida, con una escalera húmeda llena de manchas grises. Esta miseria inicial contribuye a que el gran salón me parezca fastuoso. Es, indudablemente, uno de los más espléndidos de Roma, una típica sala de recepciones regias. ¡Cosa rara! No había en aquella mañana más visitante que yo. Recorrí despacio las seis inmensas estancias. Resonaban mis pasos con extraño ruido sobre el pavimento de mármoles de colores, traídos, en gran par-

te, de remotos países. La preponderancia, la familia Colonna revestíase antaño de inusitada magnificencia. Así lo atestigua este palacio, cuya puerta de honor abríase ostentadamente hacia la Plaza Venecia.

Lienzos de Van Dyck, de Ghirlandaio, de Salvator Rosa, de Guido Reni, de Anibal y Agustín Caracci, del Spagnoletto, del Guercino, de Claudio de Lorena, de Holbein, de Van Eyck, de Luini, de Filippo Lippi, etc. Paisajes de Poussin, de Broughel, de Brill, de Orizzonte, de Swanebelt.

Algunas figuras de estos cuadros magistrales grabáronse en mi memoria, iluminándola con su belleza. Así *La Virgen*, de Botticelli; *La Asunción*, de Rubens; el retrato de la marquesa de Pescara, la célebre poetisa Victoria Colonna—musa de Miguel Ángel—, de Muziano; el de Marcantonio Colonna, vencedor de los turcos en Lepanto, en 1571, de Scipion Pulzone; el retrato en traje veneciano de Paul Veronese; los dos, de personajes desconocidos, del Tintoretto; el de Onofrio Panvino, del Tiziano; la *Santa Familia*, de Luini, y la superba imagen de la cantadora María Mancini—que rechazó la mano de dos reyes, Pedro de Portugal y Carlos II de Inglaterra—fija en el lienzo en su total integridad plástica, en su inconfundible expresión, por el pincel de Gaspar Netscher.

XVI. *Santa María de los Angeles*.—Miguel Ángel construyó esta iglesia en 1564. Su nombre arranca de la *Virgen* circuida de ángeles que exornan el ábside, donde se halla el sepulcro de Pío IV.

A los dos lados del *laconicum* antiguo están los sepulcros de Salvator Rosa y Carlos Maratta. En el fondo, hacia la izquierda, se ve el de Armando Díaz, duque de la Victoria y mariscal de Italia.

El que fué *tepidarium*, la nave del centro—de cien metros de largo por treinta de ancho y veintinueve de altura—es de gran esplendor. Míranse en ella diez y seis soberbias columnas, de las cuales ocho son de granito de Egipto.

Entre el extenso número de cuadros que contiene admírase el *Martirio de San Sebastián* del Domenichino y el *Bautismo de Jesús*, de Maratta, cerca del altar mayor.

A la salida del templo me detuve ante la Fuente de las Nayades, en el centro de la plaza de la Exedra, llamada así por los dos palacios de forma semicircular que en parte la rodean y que fueron construídos por Koch. Pío IX la bendijo en su inauguración hace sesenta y cinco años. El agua cristalina que

(\*) Duerme su último sueño junto a Keats en el cementerio inglés.

por ella corre—Acqua Marcia—viene de treinta y seis millas de distancia por el acuerdo que Q. Marcius Rex llevó a término en el año 114 antes de Jesucristo.

*Froylán Turcios.*

Roma, 1935.

### SALUDO POSTAL

¿Acaso el dios del Sueño y del Olvido sobre Turcios sus alas ha movido?  
 ¿Por qué no me visita su *Revista*, tan variada, tan ágil, tan artista?  
 Desde el mes de noviembre no me llega.  
 ¿Por ventura cansado de la brega o asediado tal vez por causas graves quemará Ud., como Cortés, sus naves? Los artistas, los que aman la belleza, reciben su mutismo con tristeza, y piden, como yo, a las Nueve Hermanas, que siga Ud, vibrando en las lejanas tierras floridas de la noble Honduras su flauta pastoril de notas puras.

*L. Díaz (\*)*

(\*) Leopoldo Díaz, gran poeta argentino.

Toda la correspondencia, revistas, libros, folletos, periódicos, etc., destinados a la revista ARIEL, deberán venir con esta dirección:

A R I E L  
 Apartado 1622.  
 San José de Costa Rica,  
 América Central.

### DOMINADOR DE LAS FUERZAS CELESTES

Aquel que ha penetrado el secreto de las cosas; que por la contemplación se ha elevado a la ciencia del principio inmortal; que ha nacido su cuerpo y desarrollado su alma; que conoce todos los misterios del Ser y del No Ser; que ha estudiado todas las transformaciones de la molécula vital desde Brahma hasta el hombre y desde el hombre hasta Brahma, aquel es el único que está en comunicación con los espíritus y gobierna las fuerzas celestes.

*(Atharva-Veda).*

### VOCATIVO SENTIMENTAL

Vejez... Abrumadora palabra que contrista los ánimos. ¡Oh vejez lastimosa, ingrátida, confusa y desvalida; vejez mustia, helada, sombría! Vejez trémula y taciturna, mitad conmovedora, mitad grotesca, y a la vez triste e inerte; ¡oh flácida vejez, aliada de la muerte, y que empero te cebas en los que ella ha perdonado: ¿por qué tu mano es cruel: por qué tu imperio es inmisericorde?

¿Qué hiciste de los hombres que antaño fuimos pródigos y atentos al clamor de la vida? ¿Qué de nuestra recia fortaleza: qué de aquella sangre hervorosa, y de los nervios de acero y los hálitos pujantes?

¿Qué hiciste del arrebol y la fruición de los semblantes, yertos por obra de tu poderío; y de aquellos ojos que eran fanales encendidos, trasunto del sacro fuego interno; y de las risas sonoras como una catarata por donde desbordaba el fresco torbellino de los goces vivaces y las dulces pasiones?

¿En qué has trocado esos dones celestes?

¡Si al menos fuese en humo! Mas no, despiadada enemiga: no aciertas a crear como la vida, ni a exterminar como la muerte. Los ojos encendidos, en tus manos, ¡ay! se apagan y su mirar se torna desfallecido, cárdena su sombra; la sonora risa, nuncio de felicidad, la has cambiado en el dejo de una mueca, o tal vez en un velado rictus espectral...

No eres tampoco mensajera del tiempo; del tiempo que respeta la gestación universal; que guarece los bosques milenarios; que mantiene la armonía de las constelaciones; que perpetúa el ritmo de los mundos y no altera las cadencias del mar; que pule el marfil y abrillanta el carbón. No eres la vocera del tiempo—confidente de los mundos—que cubre el bronce con su pátina, cual si fuera un manto de oro; que transforma el guijarro en esmeralda y en perlas los moluscos; que impregna de embeleso la evocación de las reliquias; que acoge, en suma, y consagra en el ánfora de sus recuerdos, los nombres, las cosas y las glorias humanas. No eres, no, la vocera del tiempo; de ese tiempo magnánimo y proficuo, que como las aguas del Leteo es un beleño que embota el dardo del dolor, y, como la lámpara maravillosa, es una revelación suntuosa de los munificos tesoros del pasado.

Entonces, ¿qué misión es la tuya? ¿Por qué corroes la vida, día tras día, con tu saña diabólica? ¿Por qué no te sacias, vampiresa fatal, y no das tregua á la eterna succión de esa divina esencia que es nuestra juventud?

Así pensamos, así sentimos al doblar los cincuenta años....

Mas no es el hombre que discurre: es la bestia que se agita. Es el corcel de Arabia, que en el vértigo de su carrera siente al fin la presión de los recios bridones: es el águila caudal, herida en las alas por el adverso vendaval; es más todavía: es el buitre sin garras, que atisba la lejana presa... No es el hombre, hechura del Creador, el que así se lamenta. Es el recalcitrante pecador que en su perdida juventud añora, no ya los arrestos saludables, sino los apetitos voraces; no los poderes constructivos sino las actividades estériles y á menudo también malsanas. Es el pecador impenitente que se revuelve contra la mano redentora que lo aleja de los placeres frívolos y los amores livianos.

En esa lucha sórdida contra las fuerzas bienhechoras del destino, sucumbe al fin la bestia; y de su escoria renace el hombre, como el fénix de sus propias cenizas. Y el hombre dice:

No me espantas, vejez, con tu aspecto anguloso y tu mirada fría. El espíritu es conmigo; y nada pueden tus afanes, así sean malignos, contra las emanaciones radiosas de mi ser.

Es verdad que me arrancaste de los brazos de la amante; pero el espíritu reclina mi cabeza sobre el cálido y propicio regazo de la esposa. La caricia que la manceba esquiva, es grata en la mejilla de los hijos, que la devuelven presurosos. Es verdad que me arrebataste al placer vano; pero el espíritu, proveyo y noble, me entrega á las dulces congojas del deber y á los generosos halagos del bien.

No me espantas, vejez: tu dañina labor es nimia como la furia del orín sobre el acero. Sólo te pertenece el barro que nos cubre.

En balde cegaste a Homero y a Milton, porque sus nublados ojos miraron hasta lo más recóndito en el corazón de las posteridades.

Tal vez al extinguir el ímpetu animal acrecientas más bien y enciendes las potencias del alma; y es posible que en ese mecanismo de transfiguración superior—por

designio de la Providencia—resida tu razón de ser, sujeta, como todo lo creado, a las leyes del avance y la purificación.

Porque, bien mirado, vejez, eres añón del buen juicio, madre de la reflexión, compañera de la serenidad y amiga de la indulgencia.

No me espantas, vejez: antes bien me enterneces. Si eres—como te muestras a los ojos de mi conciencia vidente y abnegada—, un acto de contrición que impone la justicia divina en los umbrales de la muerte; y si eres tan apta para la elevación de las fuerzas morales, yo, el hombre, cargado con el peso de santas misiones, te ofrezco gustoso el pasto de mi cuerpo, por lo mucho que ensanchas los horizontes de mi alma.

*Victor Guardia Quirós.*

**La LIBRERIA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.**

### ELOGIO DE LA CULTURA POR YUSUF

“Si tienes la dicha de mirar en lo interior de esta casa, labrada para dar albergue a las ciencias, para cimiento de la grandeza y para lustre de los venideros siglos, verás que está fundada en dos virtudes, que son: la firmeza en la justicia y la piedad; virtudes que obtuvieron los que se emplearon en ella para la gloria de Dios. Si en tu espíritu toma asiento el deseo del estudio y de huir de la ignorancia, hallarás en ella el hermoso árbol del honor. Hace el estudio brillar como estrella a los grandes y a los que no lo son los eleva a igual lucimiento. Con él puedes encontrar el camino de la luz cuando, desengañado, resuelvas huir de la obscuridad del mal. Si buscas la estrella de la razón, verás su claridad sin engaño aun por entre las nubes de la duda. Pero reducido a la ciencia para aprovechar en ella, has de volver tu mirada al bien obrar y has de desear toda inclinación al mal. No es el camino de la sabiduría para el que lo anda cargado de malvada codicia.

Sigue, pues, este consejo: así hallarás el provecho cuando mozo y, cuando anciano.

serás estimado y te buscarán las dignidades. Vuelve los ojos al cielo del pueblo y verás cuantas estrellas que tenían muy escasa luz se hallan por este camino llenas de infinitos resplandores. I si bien reparas, verás que entre ellas unas hacen la corona y otras son las columnas de la casa del saber. Ellas alumbran los corazones, ellas guían al bien y son verdaderas amigas que nos aconsejan.

“Acepte Dios tanto bien instituido por Yusuf, estrella de la mayor magnitud, brillante en la ciencia y en la ley.” o

(Inscripción del patio de la Madraza, de Granada).

Bossuet, a la edad de diecisiete años, predicaba su primer sermón a una hora avanzada de la noche. Al oírlo Voltaire dijo:

—Nunca he oído predicar tan pronto ni tan tarde.

Esta frase contribuyó a hacerle célebre.

## AMADO DE LOS DIOSES

Jorge Guynemer. Aviador francés, cuya carrera fué la más corta y brillante hasta hoy en la historia de la Aviación (1894-1917). Soldado en 1915, era en 1917 capitán y oficial de la Legión de Honor. Veintiuna veces se le citó en la orden general y después de alcanzar cincuenta y cuatro victorias sobre el enemigo, sucumbió heroicamente a los veintitrés años en defensa de su patria.

## MEDITACIONES DE JACINTO BENAVENTE

—No hay nada que se parezca a un hombre tanto como una mujer sabia.

—Si la historia de la literatura española se escribiera a gusto de don Miguel de Unamuno, seria lo más fácil de aprender: antes de él, nadie; después de él, nada.

—Es posible que un español se resigne a no tener talento. Lo difícil es que se resigne a que lo tengan los demás.

—El que sólo es notable en un rincón del mundo, quisiera que aquel rincón fuera todo el mundo.

—Desaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos!

## DE ROMA A LA PALESTINA

(Fragmentos de mi libro inédito *Luces de todos los Horizontes*).

(Conti núa)

Una ráfaga luminosa penetró al amanecer por las entreabiertas ventanas de mis habitaciones en el último piso de Casa Nova. Me levanto con el espíritu que alegró mis años mozos y el más sorprendente panorama me retuvo inmóvil de asombro. La ensoñadora ciudad extendiase en suaves ondulaciones, ascendiendo por las colinas, bajando hasta las planicies roqueñas. Subí a la terraza y el total espectáculo aprisionó mi voluntad horas enteras sin fatigarme. Una joven árabe me detallaba los sitios más prestigiosos: la basílica del Santo Sepulcro, el Monte de los Olivos, Getsemaní, la iglesia de la Ascensión, el Santuario, el camino que recorrió Jesús el Domingo de Ramos, Notre Dame de France, la iglesia y convento de San Salvador, la Puerta de Damasco, el Valle de Josafat, la mezquita de Omar, la Torre de David... y las aldeas de la ruta de Belén, y las montañas de Judea...

El Santo Sepulcro atrajo primordialmente mi supremo interés. Al arrodillarme, reposando mi frente sobre la fría piedra que lo cubre, mi corazón dejó un instante de latir. Fué un segundo en que viví muchos años, de una intensidad tan profunda como deben ser las últimas vibraciones del espíritu al desprenderse de la materia.

Al transponer la mísera bóveda y mirar de nuevo los resplandores de los cirios y lámparas del templo me pareció que volvía del *más allá* y que mi vida era sólo un sueño impreciso. Bajo la acción de tan sobrehumano sacudimiento salí de la iglesia, recogíendome en el silencio para no profanar, con ninguna otra emoción, aquel inmortal minuto de fe y de celeste esperanza.

Siempre me imaginé que el Gólgota, y, por lo mismo, el Santo Sepulcro, próximo a él, se hallaban sobre una colina, de acuerdo con los clásicos textos de la más remota antigüedad. De aquí que mi primera impresión al verlos en donde hoy están sea de incrédula sorpresa. Pero consultando modernas monografías mejor documentadas y oyendo las explicaciones de ilustres polígrafos franciscanos, me convenzo de que los movimientos geológicos ocurridos en veinte siglos transformaron la topografía de estos lugares venerandos.

¡Qué edículo tan humilde guarda, bajo la cúpula de la Anastasis, el sarcófago en que fué sepultado Jesús! Las grandes lámparas labradas que cuelgan sobre la puerta exterior de la Capilla del Angel parecen aumentar la pequeñez de este sitio, de donde se pasa, por una abertura de poco más de un metro de alto, al estrechísimo recinto (2.07 de largo por 1.93 m. de ancho) que contiene, bajo una incolora plancha de mármol, la roca en que reposó el Divino Cuerpo.

Siéntese allí, después de la conmoción de la primera visita, la consoladora certeza de otra vida mejor, de un futuro resplandeciente tras el umbral de lo desconocido. Piénsase en la muerte como en un oasis de inefable descanso y en el mundo en que nos debatimos como en un tránsito fugaz del que no se conserva memoria. Una grave ideología se sobrepone a los pensamientos predominantes en que nuestra indócil materia pugna contra nuestras ilusiones más espirituales; y una serena magnanimidad para los extraños y para nosotros mismos colma el alma antes obscurecida por miserables inquietudes.

Por una angosta gradería ascendí a El Calvario, al sitio sacro en que expiró el Redentor. Está en el altar de los griegos, marcado con un círculo de plata, hueco en el centro, por el que puede medirse el diámetro de la base del madero.

Apenas me atrevo a respirar, conmovido hasta las entrañas. Con profundo recogimiento interior inclino la cabeza y rozo con mis labios pecadores el espacio en que se asentó la Cruz, llenando mi silencio con la ideal reconstrucción del divino martirio. Mirando hacia el altar del *Stabat Mater* evoco la escena última de la tremenda agonía y el supremo instante en que la Virgen Madre recogió en sus brazos el cuerpo inerte del Salvador.

Descendí a la capilla de Adán, situada bajo el Gólgota. Una leyenda de remotísimos siglos afirma que el cráneo del primer hombre recibió sepultura en El Calvario; pero ningún historiógrafo le dió nunca crédito. Están allí los lechos de piedra señalados como tumbas de Godofredo de Bouillon y de Balduino I

El aspecto exterior de la basílica del Santo Sepulcro es de una fealdad y pobreza lamentables. El atrio—de diez y siete metros de ancho por veinticinco de largo—muestra un pavimento de grandes planchas de piedra, rotas en su mayor parte, y que ya existía en

la época de los Cruzados. Esa plazoleta ha sido teatro de crímenes horrendos cometidos por los musulmanes. María de Portugal, virtuosa franciscana, fué allí crucificada y quemada viva en 1597. La fachada, de poca altura, tiene dos puertas y dos ventanas: una de aquéllas obstruida definitivamente desde hace ciento veintinueve años. El Museo de Louvre posee el fragmento alegórico que falta en el bajorrelieve que recuerda a Domingo de Ramos y que aparece sobre el dintel de una de dichas puertas.

Jourdain construyó en 1160 el campanario, del que hoy sólo puede verse poco más de la mitad.

Antes de llegar al atrio miranse varios trozos de columnas clavadas en el piso y en el muro derecho, que sustentaron, según parece, algún pórtico bizantino. Tres ábsides de capillas griegas vense hacia el oeste y por el oriente tres puertas que conducen al convento griego de San Abraham, y a dos capillas, una copta y otra armenia.

Al penetrar en la basílica me sobrecoge un sentimiento de asombro y extrañeza. Avanzo con paso inseguro por un penumbroso recinto de ahumadas paredes hasta la Piedra de la Unción, fija en el pavimento y colocada sobre la roca en que Nicodemo embalsamó el cuerpo de Jesús. Luego me veo bajo la rofonda, de 19.30 metros de diámetro, circuida por diez y ocho pilares y coronada por la cúpula que en 1869 hicieron construir Francia, Rusia y Turquía. Nada más antiestético y exento de toda espiritualidad. Las dos galerías sobrepuestas, cada una con docena y media de arcos, y las carcomidas pinturas, producen pésima impresión. ¡El pensar que bajo esa horrible bóveda se halla el sepulcro del Maestro de los Maestros! Recordé, con un matiz de amargura, las dos gigantescas y esplendorosas rotundas, que se alzan magníficamente sobre las tumbas de San Pedro y Napoleón... y, al recorrer esta iglesia en todos sus ámbitos, las soberbias catedrales del orbe cristiano, maravillas de magnificencia y hermosura.

...La grave meditación, colocándome en un plano de severa lógica, me impone admitir que tiene que ser así, por hallarse esta apariencia material en perfecto acuerdo con la humildad de Nuestro Señor y con los preceptos esenciales de su Doctrina; y que, para que así sea, Él ha dispuesto que pertenezca a católicos y cismáticos el misero templo consagrado a su máximo recuerdo.



Continuando mi visita me detuve ante las capillas de los griegos, coptos, sirianos y armenios; más tiempo en el de la Aparición, donde los católicos tienen su coro y en la que se conserva un fragmento de la columna de pórfido (de 0.75 m. de alto) del Pretorio de Pilato, que sirvió para atar en ella a Jesús mientras lo flagelaban.

En la sacristía vi la espada de Godofredo de Bouillón, y las espuelas amarillas—recogidos en el siglo XIII—que eran de singular importancia en el acto de armar caballeros de la Orden del Santo Sepúlcro: bajando después a la gruta que contuvo la divina Cruz, que corresponde a los latinos, cuyo altar es un regalo del archiduque Maximiliano de Austria en la época en que seguramente nunca oyera el nombre de México.

Muéstrase en la Capilla de los Improperios el trozo de granito en que los esbirros sentaron al Redentor para zaherirlo con sus insultos y sarcasmos.

El reverendo padre Miguel me explica, de nuevo frente a la Capilla del Angel, con los términos clásicos en uso, la bárbara ceremonia del *Fuego santo*. Para recordarla íntegramente acudo a un texto católico:

—Los muros están perforados, a partir de 1810, por dos agujeros ovales, que sirven al alto clero griego y armenio no-unido para comunicar desde adentro el fuego santo a los que están afuera. Aquellos hacen creer al pueblo que el día del Sábado santo descien de fuego del cielo, o bien que es traído por un ángel al Santo Sepulcro. Los obispos griego y armenio enciérranse, en efecto, en la Capilla del Angel; y cuando, tras un momento de espera, el obispo griego comunica, por uno de los agujeros, el fuego milagroso, millores de griegos, rusos, armenios, coptos y abisios prorrumper, locos de entusiasmo, en gajos salvajes, y se precipitan en confusión indescriptible hacia los agujeros, a fin de encender cuanto antes sus candelas y antorchas. Los soldados encargados de mantener el orden resultan impotentes para contener el ímpetu de aquellas hordas frenéticas: siendo, por otra parte, rarísimo el año en que tan abominables saturnales, a las que da margen una indigna superchería, no motiven sangrientos accidentes. El año 1834 fueron retirados del templo, después de esta *fiesta religiosa*, más de cuatrocientos cadáveres.

A mi salida del sagrado recinto paso por la capilla de santa María Egipciaca, y evoco su legendaria historia:

El año 373 llegó a Jerusalén una bella cor-

tesana egipcia. Sintiendo su alma conmovida por los relatos cristianos, acudió a la basílica para presenciar la ceremonia de la Invencción de la Cruz; pero una mano invisible la rechazó repetidas veces en el umbral. Aterrada y arrepentida, abjuró de su vida licenciosa en el mismo instante, y en un solitario lugar junto al Jordán vivió hasta su muerte—acaecida cuarenta y ocho años después—dedicada a la práctica de las más altas virtudes.

Camino ahora frente al Muristán y la mezuquita de Omariyeh, reconstruyendo escenas e imágenes de los siglos muertos; y luego por el Haret el Bizar, en donde un hormiguero humano va y viene en incesante movimiento.

Froylán Turcios.  
(Continuará).

## PROYECTOS GENEROSOS

...Surgió la idea de fundar un colegio de segunda enseñanza en la capital olanchana. Fundé una Sociedad de Aseguros de Vida al alcance de las clases menesterosas. Cada socio aportaría cincuenta centavos al mes, y al fallecer el primer socio, su viuda o sus hijos recibirían el tesoro acumulado hasta ese tiempo por la Sociedad. Uno de mis ideales fundamentales fué combatir el alcoholismo, ya que se excluía de la Sociedad a todo aquel que acostubrara tomar alcohol. Las mujeres prestaron su valioso contingente para realizar este proyecto, siendo la principal de ellas la inolvidable y querida Rafaela Turcios.

Timoteo Miralda.

## PARTICULAS DE RADIUM

—El hombre es el ojo con que el espíritu de la naturaleza se contempla a sí mismo.—*Schelling*.

—Los crímenes secretos tienen a los dioses por testigos.—*Voltaire*.

—No hay secreto que el tiempo no revele.—*Racine*.

—La ciencia se ve obligada a reconocer, no sólo que ignora la razón más elemental de las cosas, sino que ni siquiera entrevé algún medio para conocerla.—*Lebón*.

—La mayor parte de las cosas de este mundo tienen dos caras: se encuentran buenas o malas, según del lado que se miren.—*Malherbe*.

—He aprendido a vivir. Prolongadme, oh dioses, el tiempo.—*Goethe*.

## EL TAÑEDOR DE FLAUTA (\*)

## I

De la selva de abetos en la sombra  
se oye el sonido de una dulce flauta.  
Un joven pescador, ¿es que así olvida  
las penas que, sin duda, hay en su alma,  
en un mundo que hicieron amarguísimo  
la sal del odio y muchas yerbas malas?

Cuando brilla la luna, o entre sombras  
se oye el sonido de la dulce flauta,  
noche tras noche en el bambú sonoro  
el pescador su fierna queja exhala.  
expresando la íntima ternura  
de la ardiente pasión que llena su alma.

Una noche, más tarde se escucharon  
las risas de las geishas cortesanas,  
mientras de otoño la creciente luna  
por el azul del cielo se alejaba,  
como en la noche en que por vez primera  
del joven pescador se oyó la flauta.

Las mujeres del dueño de aquel sitio  
se solazaban en su linda barca  
a la música intensa que lejana  
de la selva la brisa les traía  
y al dulcísimo canto sin palabras,  
como en la noche en que primeramente  
del joven pescador se oyó la flauta.

## II

Cuando en tranquilas noches el rocío  
las cañas humedece en la ribera,  
se mueven los abetos con deleite;  
todo se anima en la intrincada selva.  
Allí está el pescador; entre las sombras  
su flauta de bambú dulce resuena.

En las noches de cierzo tempestuoso,  
cuando el agua se hiela en la ribera  
y los arroyos corren aumentados,  
y del viento la voz ruge en la selva,  
allí está el pescador; entre las sombras  
su flauta de bambú tenue resuena.

En las noches de frío, cuando al aire  
de la montaña agítase la selva  
y en la costa se forman remolinos,  
al elevarse en ráfagas de arena,  
allí está el pescador; entre las sombras  
su flauta de bambú se escucha apenas.

En las noches de lluvia, armonizándose  
con la ola que gime en la ribera,  
que humedece las rocas con su espuma,  
y con el agua celestial se mezcla,  
allí está el pescador; confusamente  
su flauta de bambú se escucha apenas.

## III

De la luna otoñal cambió la fase;  
del joven pescador también trocado  
el sentimiento está; duró tan sólo  
lo que durara el tránsito del astro.  
Mas siempre en la ribera dulcemente  
la flauta de bambú sigue sonando.

Su sonido se mezcla de la selva  
con el silvestre y poderoso hábito;  
se acuerda con el ruido amenazante  
de las olas profundas del oceano,  
cuando rompe frenético en las rocas  
cual si a azotarlas fuese con un látigo.

Las nubes que se ciernen sobre Onoya  
detienen a esta música su paso;  
tal vez al escuchar la melodía  
sobre la selva abrupta se inclinaron,  
y absorbieron ansiosas en su seno  
los dulces ecos de aquel dulce canto.

Tal vez... porque el sonido de la flauta  
de bambú su armonía ha transformado;  
es más fuerte; sus tonos melodiosos  
en el espacio escúchanse vibrando,  
y a la flauta responden desde el cielo  
los suaves ecos de un laúd dorado.

Las nubes al cernirse sobre Onoya  
en sus senos ubérrimos llevaron  
los tañedores de las dulces flautas,  
y a recibirlos ha salido el astro,  
de su faz retirando la celada  
para mostrarles su eternal encanto.

Shi-Woi-Uko.

## A R I E L

Aparecerá cada quince días en cu-  
dernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale . . . ₡ 1.50  
Número del día . . . — 0.60  
Número atrasado . . . 0.70

En Honduras y demás países de Cen-  
tro América la serie de 3 números vale  
treinticinco centavos oro o su equivalente  
en moneda nacional. Y cuarenta cen-  
tavos oro en el Exterior.

(\*) Este poema es el más célebre de los de Shi-Woi-Uko, el poeta japonés contemporáneo de fama mundial, que, con sus *Hana Momiji*, transformó toda la lírica japonesa.

## FROYLAN TURCIOS EN COSTA RICA

—Pasa con los poetas, por lo común, que es mejor leerlos que tratarlos. No así con usted: atrae de lejos y cautiva de cerca.—*Ricardo Jiménez.*

—Como poeta, lo admiro; como caballero he tenido el gusto de tratarlo y guardo la mejor impresión que pueda tenerse de un hombre: por egoísmo deseo que vuelva pronto a este país y que lo haga suyo para siempre.—*F. Aguilar B.*

—En mi opinión—valga lo que valga—es usted uno de los poetas modernos que mejor cantan en lengua castellana, ni antigua ni moderna, sino inmortal, primera entre las modernas y, entre las clásicas, apenas inferior a la griega.—*Val. F. Ferraz.*

—At insigne poeta y literato Froylán Turcios. Recuerdo cariñoso de nuestra inolvidable conversación.—*Manuel M. de Peralta.*

—Poeta de alta inspiración, artista de la palabra, noble divulgador de cultura, gentil amigo: tal es el caso de Froylán Turcios. ¿Qué más puede apetecerse para ser admirado y querido?—*Justo A. Facio.*

—Un abrazo al Poeta del poeta.—*Rafael Cardona.*

—Estimo a Froylán Turcios como a uno de los más nobles y más puros evangelistas del Arte y de la Belleza en América, pues no sólo en su labor de delicado orfebre de la palabra practica ese culto supremo, sino que lo difunde apostólicamente en todos los campos y a todas las horas de su fecunda existencia. Es tan grato a mi intelecto como querido a mi corazón fraterno.—*Guillermo Vargas.*

—A Froylán Turcios, su admirador y amigo.—*Aquileo.* (Aquileo J. Echeverría, dedicatoria de sus *Concherías*).

—A Froylán Turcios, mi admirado poeta y querido amigo.—*Rafael Angel Troyo.* Dedicatoria de su libro *Ortos*).

—En uno de los mensajes del insigne escritor cubano Enrique José Varona, dirigido a mí, se encuentra, en forma de posdata, la siguiente dolorosa sentencia: *In rem fando scribo in vento.* Dolorosa sentencia que podría esculpirse en la portada del palacio interior de Turcios, porque evoca todo el valor de sus versos, toda la armoniosa melancolía de su corazón precioso de poeta. Sentencia dulce, vaga, profunda... ¡Así son sus versos! Porque tienen,

fuera de todo lo que se echa al viento, el dolor persistente e inmortal de la belleza.—*M. Vincenzi.*

—¿Cuál Turcios? ¿El que ha escrito un Nombre Propio en la galería brillante de los hombres de letras? ¿Aquél de quien dice la fama que es vivo el fulgor de su pensamiento, fértil su numen, baquiano su estro en las complicadas sendas seductoras de los vergeles de la Poesía? Ese vale mucho; pero el Turcios colocado en el relicario moral de mis aprecio, es el otro en quien la bondad sobrepasa la cumbre alta del entendimiento; aquel con cuya plática sabrosa y confidente se palian las nostalgias de mi destierro, y entre la cual brotan, *cual de tronco viejo que aún resiste*, nuevas gemas del agotado sentimiento; aquel que sabe levantar los desmayos del alma fatigada y alentar la fe en la vida, desgarrada ya por los corvos puiputes del camino; aquel, humano y generoso, que sabe de concertar acciones dispersas, de sumar impulsos heterogéneos, de ablandar egoísmos petrificados, de enyugar fuerzas contrapuestas o rebeldes, para los fines de que los niños desvalidos tengan una Noche Buena, entre las noches tristes del año, y de que una Cruz Roja tenga vendajes para la hemorragia, sedantes para el dolor, remedios para la herida, consuelos para la agonía y una oración piadosa de amor para los muertos. Ese es mi Turcios preferido a quien estrecha con efusión su mano amiga.—*Nicolás Oreamuno.*

—Sea una primavera perpetua tu estro poético y tu fuerza de hombre para que allegues a tu frente más guirnaldas de flores perfumadas y a tu corazón más afectos sinceros: es el deseo de tu sincero amigo—*C. González Rucavado.*

—Hace tiempo que Froylán Turcios y yo defendemos las bellas y buenas letras en Centro América. Hoy nos hemos visto, nos hemos hallado en el camino y nos hemos dado la mano, en apretón cordial y estrecho. ¡Durable fraternidad!—*J. Garza Monge.*

—Recibí su carta en la que me habla de mi *Silla de Ruedas* i yo me he puesto tan contenta como cuando a una madre le dicen que su chiquillo no es tan feo, sobre todo si quien se lo dice sabe de combinar líneas armoniosamente. Lo saluda—*Carman Lyra.*

—Grande honor debo al eximio poeta Froylán Turcios, que me brinda un lugar—

cito de este álbum para dejar en él un recuerdo de la viva amistad que le profeso, y de la intensa admiración que siento por él como artista y como hombre que vive brillantemente el poema de su vida.—*Jorge Volio.*

—En recuerdo de nuestra afectuosa amistad de tantos años y de mi admiración de siempre.—*Ernesto Martín.*

—Froylán Turcios, el simpático representante literario de Honduras.—*Alejandro Alvarado.*

—Mi querido Froylán Turcios:—Tienes razón: *la poesía es la música de la existencia y el perfume de los corazones; y un poeta es más que un hombre o, por lo menos, el que está más cerca de Dios.* Estos pensamientos tuyos—que quizás tú mismo olvidas dónde los escribiste—te revelan que he seguido tus pasos en el cultivo de las letras.—*Luis Cruz Meza.*

—Conocí a Turcios en San José de Costa Rica. Es el mismo que dicen sus versos. Ha rodado mundo y conoce las tres fuerzas del mal: mundo, demonio y carne; pero sobre su corazón dominan las tres fuerzas del bien: fe, esperanza y caridad.

Es un hombre bueno, es un poeta. Me leyó capítulos de *El Vampiro* que habría firmado Kempis.

En su lecho había un Crucifijo y en su frente una luz.—*Luis Dobles Segreda.*

### EL RETRATO AUTENTICO DE LEONARDO

En Bayreuth un Herr Profesor me preguntó por qué la *Gioconda* era el retrato de los retratos.

—Porque no es un retrato—le respondí—; la *Gioconda* es un espejo en el que Leonardo se ha contemplado con una complacencia de Narciso intelectual. Esta hermosa sonrisa es la suya, este enigma es el de su pensamiento. La *Gioconda* es el retrato auténtico de Leonardo.

El sabio no comprendió, porque el entusiasmo, esta expresión tan pura del amor, colma sólo el abismo que separará siempre el genio del simple entendimiento.

*José Deladán.*

(Introduction a l'Esthétique).

**Todos los textos de ARIEL han sido escritos, seleccionados o extractados por su Director.**

### ENTRE MANDARINES

(Versión de Carmela Ulate Sanjurjo).

En el jardín del imperial palacio los sabios mandarines, en torno de su príncipe, parecen estrellas junto al sol. En la mano del príncipe fulguran valiosísimas gemas y esta mano parece por lo blanca una nevada flor.

Comentan los asuntos del Estado los sabios mandarines, mas el príncipe presta a sus palabras muy escasa atención. Que ha entrevistado en el kiosco de mayólica, como flor entre flores, a la hermosa doncella a quien un día entregó el corazón.

Prosiguen lentamente su discurso los sabios mandarines: del príncipe ha volado ya el deseo hacia la humana flor, y siente su perfume penetrante, que dulce le acaricia, trayéndole allí el céfiro en sus alas su delicioso olor.

Y de pronto levántase agitado: los sabios mandarines le miran alejarse, sorprendidos, ábsortos de estupor, y le ven penetrar en el kiosco y coger con su mano, en que brillan las gemas fulgurantes, a la mimada flor.

*Tu-Fu.*

### EL NEURASTENICO LUIS

—El duque de Morny (1811—1865). Hijo natural del general De Flahaut y de la reina Hortensia, mujer de Luis Bonaparte, *el neurasténico Luis*—como le llama Miguel Tolstano—, quien añade: "Parecía complacerse con la vulgarización escandalosa de sus infortunios conyugales y solía decir que su esposa, la reina Hortensia, era una *Mesalina paridora*, y a Luis Napoleón, después Napoleón III, le llamaba brutalmente *el bastardo holandés*. El ex-rey de Holanda bajó a la tumba creyendo que Luis Napoleón era hijo de Ver-Huell, político holandés, que formó parte de la Corte de la reina Hortensia en Cauterets."

## COSECHA FATAL

Nunca, en un espacio de tiempo tan corto, han sido sacrificados en magnífica hecatombe tantos poetas y artistas como en aquellos años del cambio de siglo, de ese siglo que Schiller saludó con un sonoro himno, sin adivinar su propio destino. Nunca la fatalidad ha producido cosecha tan fatal de espíritus más puros e iluminados. Nunca humedeció el altar de los dioses tanta sangre divina.

...El primero, André Chénier, con quien Francia vió nacer un nuevo helenismo, es llevado a la guillotina en la última carreta del Terror; un día, sólo un día, la noche del ocho al nueve Termidor, y se hubiera salvado de la cuchilla para volver a recogerse en su canto todo una pureza clásica. Pero el destino no quiere perdonarle, ni a él ni a los otros; con su cólera codiciosa, como una hidra, destroza toda una generación. Inglaterra, después de siglos de espera, ve aparecer de nuevo un genio lírico, un adolescente de elegiacos ensueños, John Keats, ese sublime anunciador del Universo; a los veintisiete años, la fatalidad le roba el último aliento de su pecho. Un hermano en espíritu, Shelley, se asoma a su tumba, soñador, lleno de fuego, (la naturaleza le escogió como mensajero de sus arcanos más hermosos): conmovido, catona a su hermano espiritual el más magnífico canto fúnebre que un poeta ha dedicado jamás a otro, su elegía *Adonais*. Dos años después su cadáver es arrojado a la costa por una insignificante tempestad en las aguas del Tirreno. Lord Byron, amigo suyo, preciado heredero de Goethe, acude allí a encender la pira funeraria, como Aquiles encendió la de Patroclo junto a aquel mar sudeño; la envoltura mortal de Shelley se eleva entre las llamas hacia el cielo de Italia —pero él, el mismo Byron, se consume por la fiebre en Missolonghi dos años después. Sólo un decenio, y la más bella floración lírica de Francia y de Inglaterra ha quedado extinguida.

Tampoco esa dura mano se torna más suave para la joven generación alemana: Novalis, cuyo devoto misticismo ha penetrado hasta los más guardados secretos de la Naturaleza, se extingue prematuramente, agotándose gota a gota, como la luz de una vela en obscura celda. Kleist se salta la tapa de los sesos en una repentina desesperación. Romand le sigue pronto en una muerte igualmente violenta. Jorge Büchner es arrebatado a los veinticuatro años por una fie-

bre nerviosa. Wilhelm Hauff, ese genio apenas abierto, ese narrador tan lleno de fantasía, está ya en el cementerio a los veinticinco años, y Schubert, alma de todos esos poetas hecha canción, expira antes de tiempo en dulce melodía. Ya es la enfermedad, con sus golpes o sus venenos, ya el suicidio, ya el asesinato, lo que bien pronto ha dado cuenta de esa joven generación. Leopardi, con su noble melancolía se marchita en su sombría languidez; Bellini, el poeta de *Norma*, muere después de ese comienzo trágico; Gri-bodejov, el espíritu más claro de la Rusia nueva, es apuñalado en Tiflis por un persa. Su coche fúnebre se encuentra casualmente, allá en el Cáucaso, con Alejandro Pouchkine, ese genio ruso, aurora espiritual de su patria; pero éste no tiene mucho tiempo para llorar al muerto, sólo dos años, y una bala le mata en desafío. Ninguno de ellos llega a los cuarenta años; muy pocos alcanzan los treinta. Así la lírica primavera más sonora que ha conocido Europa se sumerge en la noche, y esa pléyade sagrada de jóvenes que han cantado en idiomas diversos el mismo himno a la naturaleza y al mundo la bienaventuranza, se ve deshecha y destrozada.

Stefan Zweig.

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL**.  
Frente a la capilla del Seminario.

## NUMEN TUTELAR

Un elocuente sorrentino me refiere cómo su ciudad es deudora al poeta de la *Jerusalén* no sólo de la más alta gloria que se agrega al prestigio de su ideal naturaleza, sino también de haber conjurado el mayor de los peligros que hayan amenazado interrumpir el plácido sueño de su vida.

Es el caso que, cuando, por la expansión de la Francia revolucionaria, se eligió en el antiguo reino de Nápoles la República Partenopea, una tentativa de reacción se originó en Sorrento, a favor de los depuestos Borbones. El general Sarrazin, jefe de las armas francesas que sostenían la naciente República, fué enviado a sofocar la rebelión. Los tiempos eran duros, y el caudillo republicano traía el propósito de entrar a sangre y fuego en la ciudad rebelde y castigarla sin

distinción de inocentes y culpados. Se interpone entonces entre la población consternada y el jefe inexorable, el arzobispo de Sorrento. Como razón suprema con que ablandar el corazón del vengador, recuerda a Sarrazin que Sorrento es la patria del Tasso... ¡el noble francés, sintiendo la fuerza obligatoria de ese título de inmunidad, ahorró toda sangre, todo rigor, y perdonó a Sorrento para honrar la cuna del poeta.

Así el desventurado Torcuato fué el numen tutelar de su patria; y así reanudó, sin más tormentas, su vida de idilio, la primorosa creación de las sirenas; la ciudad preferida de los convalecientes y los novios; la dulce ciudad coronada de azahares y vestida con la celeste seda del mar.

*José Enrique Rodó.*

### JOSE LOZANO

I.—En el colegio El Porvenir—dirigido en Tegucigalpa, en su primera época, por el talentoso profesor guatemalteco Víctor Charvarría—, entre tantos cordiales compañeros de internado, fué José Lozano, hijo del inolvidable don Julio, (\*) el amigo fraternal de mi adolescencia. Espléndido muchacho: gallán, valiente, simpático, de corazón de oro. Demostrábame tal afecto que repuso en parte el de mi familia ausente. ¡Extraño caso: nuestra amistad comenzó el día en que tuvimos una violenta riña. En clase, sin mediar causa alguna, me tiró con toda su fuerza del pelo, riéndose después con el condiscípulo que tenía a su lado. Quiso repetir su hazaña, y, ciego de cólera, le hundi en una pierna la hoja de un cortaplumas. Vi que su cara se contraía y que le saltaban las lágrimas; pero guardó silencio. Cuando salimos al patio fué a abrazarme y a pedirme perdón; y, llevándome al sitio en que estuvo sentado, me mostró en el suelo la mancha de la sangre que resbaló de su herida.

—Quería saber si eres cobarde—me dijo. No lo eres y ahora seremos los mejores camaradas.

Nunca volvimos a disgustarnos. Aquella sangre selló para siempre nuestra mutua afectión que sólo pudo ser destruida por la muerte.

(\*) Don Julio Lozano espontáneamente me prestó el dinero necesario para los funerales de mi padre. Era yo entonces un niño por la edad. Poco tiempo después mi hermana le devolvió la suma recibida. Pero hay deudas que, por su generoso origen, jamás pueden ser canceladas totalmente y ésta es una de ellas.

II.—Son innumerables las gratas memorias que guardo de José. Su fraternidad multiplicábase en todas las formas y oportunidades. Su padre poseía un valioso establecimiento comercial—donde estuvo *La Rosa de Oro*—y era dueño del mejor hotel de la ciudad, situado en la casa de dos pisos que ocupa hoy el Tribunal de Cuentas. Casi todos los días el administrador de dicho hotel enviaba a mi amigo, frutas, helados, dulces, ricos trozos de pudín y otras deliciosas golosinas que dividía generosamente conmigo. De la tienda, en sus salidas de los domingos, traía objetos raros para obsequiarme: finos cortaplumas de oro, preciosos relojes, carteras de piel de Rusia, alfileres de corbata, y hasta un brillante puñal y un pequeño revólver de poco azulado. Al principio, sorprendido, acepté sin reparo estas cosas tan bellas; pero como sus prodigalidades no tenían fin, me negué obstinadamente a continuar aquel juego peligroso. Se puso iracundo con mi negativa.

—¿No aceptas este álbum para que en él escribas tus versos? Pues lo haré pedazos.

¡Así lo hizo. La escena se repitió con un lapicero de plata.

Para evitar que destruyera objetos tan útiles y caros, los iba guardando en mi baula medida que me los entregaba. Erán ya como treinta los que había recogido. Claramente llegué a comprender que, al aceptarlos, resultaba yo un cómplice de los hurtos que él hacía a su padre. ¡Esto era para mí cada vez más duro e insoportable recordando el gran servicio que debía a don Julio. Pero cómo advertirle, cómo hacerle conocer aquellas irregularidades sin avergonzar a mi amigo, exponiéndole a una humillante corrección? Le hice ver a José su mal proceder y le manifesté mi propósito de explicar a su padre lo sucedido; pero se encogió de hombros, burlándose de mis escrúpulos.

Tanto me obsesionó el caso, que tuve un sueño terrible: íbamos José y yo amarrados de los puños entre un grupo de policías; y Hortensia—la linda hermana menor de mi compañero, a la que él llevaba gustosamente de mi parte rosas y sonetos—nos veía desde un balcón entrecerrado con lloros semblante.

Aterrado acomodé todos los regalos en una caja y a las diez de la mañana del próximo domingo llegué con ella a la tienda de don Julio. Estaba sentado tras el mostrador, leyendo un periódico.

—¿Qué tal, mi querido amiguito?—exclamó, quitándose los anteojos.

Algo trémulo le dije que tenía que hablarle de un asunto delicado.

—Estamos solos—murmuró. Puedes explicarte con toda libertad.

—Lo haré si me da su palabra de que, por lo que voy a decirle, no castigara a José, que es el amigo de mejor corazón que conozco y a quien quiero como a un hermano.

El intentó excusarse, negándose por ignorar de lo que se trataba, pero insistí con tal energía, que al fin dijo:

—Pues bien, te doy mi palabra de no castigarlo.

—Ni de obra, ni con ninguna expresión que pueda herirlo?

—De ninguna manera.

Entonces le expuse el caso, en la forma mejor y más delicada que pude, procurando salvar a José de todo juicio humillante, y devolviéndole todos los valiosos obsequios.

Me abrazó entonces conmovido, prodigándome sus elogios y sus cariñosas frases de estímulo que nunca olvidé.

Le repetí al despedirme:

—Tenga la certidumbre de que mi amigo no tomó esas cosas por un instinto perverso. No. El cree que lo de sus padres es suyo. Únicamente lo guió su deseo de probarme su cariño. Para nadie más, ni para él mismo, ha extraído nada de su tienda.

José me refirió poco después, con aspecto grave, lo que le dijo su padre en relación con mi visita; manifestándome que lo hizo de un modo tan afectuoso que le arrancó algunas lágrimas. Concluyó estrechando mis manos y diciéndome:

—De hoy en adelante voy a quererte con mayor estimación; y, aunque tienes menos años que yo, atenderé todo lo que me digas, procurando imitarte.

III.—Cuando regresé de Olancho a la capital, a principios de 1893, encontré a José ciegamente enamorado de una guapa muchacha morena, venida de una ciudad clásica en Honduras por la gallardía de sus mujeres. Vine aún y no escribiré su nombre. Pero quién no la evoca recordando la tragedia de mi amigo? Era una joven ardiente en la plenitud de sus encantos, que resplandecía en los salones y a quien cortejaban muchos de los donjuanes de aquel tiempo. ¿Ligera? ¿Coqueta? No lo sé. No por su aspecto, sino por su ingenuidad, José era un chiquillo. Fue quizá víctima de su naturaleza impetuosa y excesiva. Su amada se entretuvo con él como con un bello juguete. Lo comprendí en el

acto y se lo dije una tarde caminando por las márgenes del Guacerique.

—Aléjate hoy mismo de esa novia peligrosa e insegura—le rogué. Recuerda la promesa que espontáneamente me hiciste de atender mis consejos. Tú eres en extremo sincero e impulsivo y necesitas una joven íntegra, que ignore el veneno de los bailes, que no esté acostumbrada a las adulaciones y a las palabras melosas de los petimetres.

Le hablé de una seductora adolescente que reunía a su belleza las virtudes que yo deseaba para su esposa.

—Pero, mi querido Froylán, yo estoy completamente loco por Graziela. Sólo ella existe para mí y jamás podré pensar en otra.

No insistí porque conocía su carácter y toda intervención hubiera sido ineficaz.

IV.—El 10 de noviembre del año citado llegó José a mi cuarto con el semblante descompuesto. Me cogió del brazo y fuimos a sentarnos a una banca del Parque Morazán, frente a la catedral. El reloj daba las seis de la tarde.

—Acaba de amenazarme papá con un inmediato viaje a Guatemala. Me dijo que, de grado o por fuerza, me internará de nuevo en la Escuela Politécnica. Hubo una escena violenta. He gritado que prefiero morir a ausentarme de aquí.

Procuré calmarlo con los argumentos que se me ocurrieron, excitándolo a la obediencia.

—Te repito una y cien veces lo que dije a papá. Sólo muerto podrán separarme de Graziela.

Él se marchó, dejándome inquieto por su actitud.

No volví a saber nada de su viaje. Él así corrieron algunos días más de ese mes de noviembre tan fatal en su destino.

V.—El veinte caminábamos por el parque La Concordia, ya anocheciendo, cuando se quitó de pronto sus gemelos de puño, exornados con un laurel de oro y piedrecitas verdes, y me los entregó diciéndome con voz emocionada:

—Te ruego conservar siempre este recuerdo mío.

Él sonriendo continuó:

—Los he usado desde antes de conocerlos: un obsequio de mamá en mi cumpleaños. Me los cambiarás por los tuyos.

Los míos no eran feos, pero sin ningún valor. Temiendo mortificarlo con un desaire, acepté el cambio. El mismo me los puso con aquella vivacidad de carácter que le hacía tan atrayente.

Al separarnos murmuró con voz algo ronca:

—Quiero que escribas unos versos para mí...

—Con el mayor gusto. Voy a enviártelos de Juticalpa, para donde partiré pronto.

—No—exclamó—, apretándome la mano. Los dirás sobre mi tumba.

No tuve tiempo de replicarle, pues se alejó a grandes pasos. Pensé que tales palabras eran debidas a una exaltación momentánea.

Transcurrió un día. El 21, domingo, a las ocho de la mañana, grupos de jóvenes iban de paseo al Agua Caliente, a dos millas de la capital. José llegó a esa hora a casa de las señoritas Raudales; y una de ellas, contestando a una pregunta suya, le informó que su novia—quien le prometiera esperarlo allí—había partido media hora antes, con otro de sus pretendientes. No objetó una palabra. Pidióle un vaso de agua y, al quedarse solo, en la acera, sacó su revólver atravesándose las sienes de un balazo.

Informado minutos después, corrí hacia el sitio trágico y encontré en la calle la camilla con su cadáver. Me uní, vibrante de dolor, a las personas que iban tras él. Salí a recibirlo la madre, enloquecida de angustia. El padre y las hermanas recorrían de un lado a otro la casa sollozando. La escena hubiera conmovido a las mismas piedras.

VI.—Dermanecí en la estancia mortuoria hasta las dos de la madrugada. A esa hora crucé las oscuras calles, aherido por un viento glacial que aullaba sobre la ciudad.

Vivía yo en un cuarto del piso bajo en la casa de las señoritas Rastrick, a cincuenta metros de la catedral. Me acosté, durmiéndome en seguida; pero el ruido de las viejas puertas, agitadas por el huracán, me despertó. Con el cerebro colmado de crueles pensamientos pasé una hora entre el sueño y la vigilia. El nuevo despertar fué aún más lúgubre, pues me pareció oír, entre los confusos rumores nocturnos, la voz de José que me decía desde una remotísima distancia:

—Ya te olvidaste de tu promesa de escribir unos versos para decirlos sobre mi tumba. Acuérdate de que dentro de pocas horas seré enterrado.

Me vestí rápidamente para trazar las estrofas que prometiera a mi desventurado amigo, y que dije, con voz trémula de emoción, a las nueve de la mañana de aquel 22 de noviembre, poco antes de que su cuerpo reposara en el piadoso regazo de la tierra.

*Froylán Turcios.*

Enero de 1938.

## CONOCIMIENTOS RAROS

—Jesús no visitó, no fué nunca a Belén—lugar de su nacimiento.

—*Luis Carrachi* (1555-1619), gran pintor italiano, murió de pena por haber sufrido un error al dibujar la figura de la Anunciación, fresco de la catedral de San Pedro. Sus dos primos fueron Aníbal (1560-1609) y Agustín Carrachi (1558-1601).

—*Conmor* Príncipe bretón del siglo VI, llamado *el Maldito*, reinó cruelmente. Tuvo muchas esposas, a las que mandaba estrangular al quedar en cinta. Algunos autores suponen que dió origen a la leyenda de Barba Azul.

—*Conrado V.* Conocido por *Conradino*, hijo de *Conrado IV*, emperador de Alemania y último de los *Hohenstaufen*. Excomulgado por el Papa, fué ejecutado en Nápoles en 1268, a los diez y seis años de edad, por orden de *Carlos de Anjou*.

—*Brunequilda*, Reina de los francos de Austrasia (Metz) (534-613), esposa del rey *Sigiberto* e hija de *Atanagildo*, rey visigodo de España. Murió a los ochenta años atada a la cola de un potro por orden de *Clofarío II*.

—*La Jeune Captive*, de *André Chénier*, fué la ex-duquesa de *Fleury*.

## DEDICATORIAS QUE NOS HONRAN

—A *Froylán Turcios*, que tanto vale y tanto es.

Su admirador y compatriota en América.  
*Arturo Capdevila*.  
(Dedicatoria de *Gay Saber*, Buenos Aires, noviembre de 1937).

—Para *Froylán Turcios*, el primer cuentista hispanoamericano. Con la devota admiración de su amigo de toda la vida.

*Moisés Vincenzi*.  
(Dedicatoria de *Pierre de Monval*, 1937)

—A *Froylán Turcios*, gran señor de las letras, el más exquisito de los prosadores centroamericanos.

*G. González y Contreras*.  
(Dedicatoria de *Don Gerardo*, Habana, 1937.)

Conserve todos los números de **ARIEL**, pues con los doce de cada 6 meses puede Ud. ir empastando volúmenes importantes de textos que no perderán nunca su interés.



sección para los niños costarricenses

## LA TEMPESTAD

De *Historias de Shakespeare*  
relatadas a los niños por M. L. M.

En Milán, bella ciudad de Italia, gobernaba, hace largo tiempo un duque muy aficionado a las ciencias, cuyo nombre es Próspero.

Como el estudio absorbía por entero su tiempo, Próspero, para poder dedicarse con más ahínco a él, dejó el gobierno de la ciudad en manos de su hermano Antonio, en quien tenía plena confianza, por creerle tan bueno y honrado como él mismo. Antonio, sin embargo, no era merecedor de tal confianza; era malo y ambicioso, y por ser duque de Milán, recabó la ayuda del rey de Nápoles para que le acompañara en la empresa de destronar a su propio hermano. Seducido por las tentadoras promesas de Antonio, el rey de Nápoles accedió a su deseo, y cierta noche muy oscura, Antonio abrió las puertas de la ciudad a su aliado, que entró en ella seguido de numeroso ejército.

La soldadesca no mató a Próspero, como Antonio lo hubiese querido; mas, apoderándose de él y de su hijita Miranda, una niña blanca y pura como un querubín, que apenas tenía tres años, los metieron en un viejo navio sin mástil, ni velas, ni remos, y los dejaron a los dos, sin vestidos ni provisiones, a merced de las olas. Era indudable que, según los deseos de Antonio Próspero y su hijita no tardarían así en morir de hambre o de frío.

Mas un alma caritativa un noble que se apiadó de Próspero, hizo que, —secretamente, para que los emisarios de Antonio no lo impidieran— se aprovisionara el bajel de todo lo necesario: no sólo de víveres y ropas, sino también de libros que hicieran al estudioso Próspero más llevadera su triste suerte.

Las olas llevaban al bajel de un lado para otro, sin rumbo, jugueteando con él como con una débil caña. El viento lo maltrataba cruelmente y el agua barría la cubierta mientras Próspero derramaba amarguísimas lágrimas al pensar en el grave peligro que su adorada hijita corría. Mas la pequeña Miranda no parecía siquiera advertirlo. Aquella vida era para ella la más hermosa y divertida que jamás había llevado. Correteaba por el destrozado barco

como por los bellos salones de su casa y gustaba ver cómo lo inundaban las olas altas como montañas.

Y así pasaron días y días, en que Próspero creyó multitud de veces llegada su última hora. Sin embargo, al cabo de algún tiempo, la nave fué a encallar a una isla cubierta de verdura, donde Próspero, después de dar las gracias al cielo por haber podido llegar hasta allí con vida desembarcó con su amada hijita.

La isla era hermosísima, y Próspero y Miranda encontraron en ella frescas ombros, transparentes fuentes, ríos cristalinos y cuanto pudieran apetecer. Sólo una cosa les asustaba, y eran las quejas repetidas y tristísimas que salían de un pino añoso; eran unos lamentos tan espantables que hasta los lobos y los osos huían atemorizados al escucharlos.

El anciano Próspero, tras muchísimo años de pacientes estudios, había logrado hacer suya la ciencia de la magia. Er mago, por lo tanto, y atraído por aquellos lamentos y queriendo saber de donde procedían, logró con su poder sobrenatural rajar de arriba abajo el árbol, del cual salió un hermoso geniecillo que dijo: *¡El mar se Ariel!*

Preguntado por Próspero, el genio explicó a los naufrago cuanto actualmente ocurría en la isla. Una vieja y mala bruja había sido su reina hasta poco tiempo antes de la llegada de Próspero y de su hija, y había hecho víctima de su maleficio a Ariel y a otros genios, aprisionándolos durante doce años en varios árboles. Ahora el único habitante y rey de la isla era Calibán, el hijo de la bruja, tan grosero, tan feo y estúpido, que más parecía una bestia que un ser humano. Con su poder mágico, Próspero dió libertad a Ariel y a los otros genios, que inmediatamente se pusieron a sus órdenes para ser sus esclavos. También a Calibán trató Próspero de civilizar y hacerlo su amigo; como a los demás, le mostró buena parte de su ciencia; le enseñó los nombres del sol y de la luna, las matemáticas, las virtudes de las plantas y otras muchas cosas; lo alimentó también del modo que nos alimentamos los racionales y lo trató con gran amistad y cariño. Mas Calibán no sólo no quiso aprender la ciencia que el generoso Próspero le daba, sino que se portó con él y con la pequeña Miranda como un salvaje desagradecido. Sintiendo verdadero dolor, Próspero vióse obligado a

hacer su esclavo al hijo de la bruja, dándole habitación en una obscura caverna en vez de ofrecerle lugar en la risueña cabaña, en que habitaban él y Miranda, y, en fin, ocupándolo en los más bajos menesteres, como cortar leña, encender el fuego y hacer la comida.

Pasaron los años y en aquella hermosa isla desierta vivían felices Próspero y Miranda, que se había ido convirtiendo en una hermosísima joven. Como no podía recordar los felices tiempos en que habitaba entre el trato de las gentes, en su rico palacio de Milán, no le causaba pena su soledad actual. Por otra parte, Próspero que, como recordaremos, tenía los libros que en el barco pusiera el noble caballero Víctor, daba a su hija lecciones de todas las cosas y los dos pasaban muy buenos ratos conversando de ciencias y de artes. Ariel, cuyo espíritu era finísimo y delicado, les acompañaba en estas charlas y les era fiel en todo. La única contrariedad de su vida en la isla era la presencia de Calibán, tan salvaje, tan brusco y brutal, que Miranda no podía estar junto a él sin sentir un terror vivísimo.

El duque Próspero, sin embargo, a pesar de la grata compañía de su hija y de Ariel, a pesar de sus libros y su ciencia, no podía olvidar los tiempos en que él era soberano de Milán, y todos los hombres se inclinaban a su poder y a su bondad. No podía olvidar, sobre todo, la traición de su hermano Antonio, en quien él tanto confiara.

I he aquí que cierta noche pasó un bajel muy cercano a la isla de Próspero. Con su poder mágico supo el anciano que en aquel barco iba su hermano Antonio, con el rey de Nápoles, su aliado, y su hijo, el príncipe Fernando. Supo también que les acompañaba el noble anciano milanés que había puesto en el barco desmantelado de Próspero, provisiones, ropas y libros, para que el viejo duque no pereciera de hambre y de frío, ni de aburrimiento. Con un mágico conjuro, Próspero hizo que estallara una tempestad violentísima. Rugió el viento furioso, se levantaron las olas de tal modo que semejaban querer tocar las nubes, se ennegreció el cielo y brillantes chispas de rayos y relámpagos surcaron la obscuridad profunda. El bajel en que iban el rey de Nápoles y el pérfido Antonio fué llevado y traído a impulsos del viento y de las olas. Todos los tripulantes sintieron un miedo terrible y no dudaron un mo-

mento de que irían a chocar contra las rocas, destrozándose así el buque y pereciendo todos sin remedio.

(Concluirá en el próximo número).

### AUTOEPITAFIO DE SEMIRAMIS

La naturaleza me ha dado el cuerpo de mujer, pero mis acciones me han igualado al más valiente de los hombres. Yo he regido el imperio de Nino que, hacia oriente, llega al río Hinamapes; hacia el sur, al país del incienso y de la mirra; hacia el norte, al de Saces y al de Sogdiana. Antes que yo ningún asirio había visto los mares. Yo he visto cuatro, a los que nadie llegaba por su lejanía. He obligado a los ríos a correr por donde yo quería y no he querido sino por los lugares donde eran útiles; he hecho la tierra fértil, regándola con mis ríos. He levantado fortalezas inexpugnables, he abierto con el hierro rutas a través de las rocas inaccesibles. He hecho practicables a mis carros caminos que los mismos animales salvajes no habían recorrido, y en medio de estas ocupaciones, he encontrado aún tiempo para mis placeres y para mis amores.

#### LIBROS NUEVOS

Juan José Arévalo—La Pedagogía de la Personalidad ..... \$ 5.70  
Moisés Vincenzi.—El Arte Moderno ..... \$ 2.00

LIBRERIA ARIEL

### SERENIDAD ANTE LA MUERTE

A pesar de la crisis, el ilustre enfermo (\*) no había perdido el conocimiento; pero su mirada profunda y reposada indicaba que aquella alma grande y generosa se encontraba en el trance de la muerte y que lo comprendía con augusta serenidad. A las ocho y treinta minutos de la mañana cerró los ojos para ya no abrirlos más, sin proferir una sola palabra, ni un lamento siquiera. Vicente Tosta murió con la serenidad de un filósofo: filósofo hijo del héroe de cien combates.

El Cronista, Tegucigalpa.

(\*) Ex-Presidente de Honduras, ciudadano prominente y militar culto y valeroso.

## VOCABULARIO FILOSOFICO

**Academia. Académicos.**— El local donde Platón instaló su escuela se llamaba Academia, gimnasio o jardín de Academo. Después de Platón la escuela continuó abierta y tuvo una sucesión de *escolarcas* hasta muy cerca de la época de Cicerón. Se distinguen la Academia antigua (Espeusipo, sobrino de Platón, Xenócrates, Crantor), la Academia media (Carnéades, Arcesilao), y la Academia nueva (Filón de Larisa, Axtioco). No se da el nombre de académicos a los neoplatónicos, que, más fieles a Platón por la doctrina, no continúan la tradición local en la escuela ateniense.

**Agnosticismo.**— Toda doctrina que hace desempeñar un papel al Incognoscible es un Agnosticismo. De todos modos, la confesión de que nuestro conocimiento es limitado, que no lo sabemos todo, y no lo sabremos nunca todo, no es agnosticismo. Los agnósticos apelan al Incognoscible para explicar la naturaleza; lo introducen en la ciencia; un cierto orden de hechos, o el universo entero, es para ellos la manifestación de una potencia que no podemos conocer y de la que sin embargo tenemos necesidad para explicárnoslos.

**Bello.**— Definir lo bello y determinar sus condiciones es el objeto de toda estética. No podemos, pues, soñar en dar aquí esta definición. Mencionamos solamente la distinción comunmente admitida desde Kant, entre lo Bello y lo Sublime. Lo Sublime no es una especie de belleza; es de naturaleza distinta de la belleza. Lo Bello es ordenado, proporcionado, y nos satisface; lo Sublime es desmesurado, sea en pujanza; nos confunde, nos aplasta y a veces nos espanta.

*Edmond Goblot.*

## LOS SUEÑOS

— Dios se sirve de los sueños para advertir al hombre, aviso que no repite nunca.— *Jób.*

— Los dioses, durante el sueño, hablan al alma y al espíritu.— *Lucrecio.*

— Descóñozcáse por verdadero médico a aquel que no sabe interpretar los sueños.— *Hipócrates.*

## EL COLOR DEL MUNDO

El Mundo es del color del espíritu.

Esa frase es de mi invención y me alegro de poder decir lo que quiero en ella: El Mundo es del color de nuestro espíritu. En plena juventud, hace apenas unos años, mi espíritu estaba enfermo de pesimismo: el Mundo tenía un color gris, llegó a tener un color negro. Cuando el Mundo tenía un color negro, yo me sentía mal: física, moralmente, mentalmente... I un día aprendí la cosa más grande que he aprendido en mi vida, la cosa que yo enseñaría a un hijo para salvarlo de la ignorancia común que destruye y corrompe tantas vidas humanas. Le enseñaría que el Mundo es incoloro como el aire o la luz, y que por eso se ve según el color de nuestro espíritu, como sucede con los cristales... Que uno debe limpiar su espíritu de muchas convencionalidades, prejuicios y convicciones, como quien limpia el polvo de la ventana para ver hacia la calle... I le diría. "Hijo, el Mundo es incoloro, pero a medida que crezcas, tu espíritu se va a volver de color, quizás del color gris con el polvo de la sociedad en que vives. Ten cuidado en limpiarlo..."

*Arturo Mejía Nieto.*

(Hondureño).

Buenos Aires, diciembre 8 de 1937.

## LAS GRANDES AMANTES

Las mujeres delgadas nunca fueron el tipo característico de las grandes amantes, de las que en el transcurso de los tiempos influyeron poderosamente en el corazón de los hombres.

Esta crónica probará a los lectores que solamente las mujeres bellamente formadas y provistas de carnes son el tipo amoroso-completo. Si sobre estas líneas pasa la mirada ardiente y festiva de unos ojos femeninos... que ellas le sirvan de espejo. Todos los hombres detestan los esqueletos, así como todas las mujeres odian los hombres gordos. Fuera de las excepciones, naturalmente.

Entremos desde luego en el parque callado de las figuras inmortalizadas por el amor y por un cuerpo regordete y redondo.

*Helena de Troya*

Era tan hermosa a los diez años que fué raptada por dos amantes que murieron por su

causa; sus treinta principescos adoradores formaron una liga y juraron solemnemente defender su honra; su rostro hizo zarpar mil barcos e iniciarse la guerra de Troya; era, según el notable y autorizado Paulo Wisona, *una mujer bajita y un tanto robusta, del tipo clásico griego.*

### Cleopatra

Amante de César y de Marco Antonio, es una de las mujeres más fuertemente fascinadoras de la Historia; fué, de acuerdo con el retrato que se ha conseguido, reuniendo, como lo ha hecho Goringe, muchas medallas que tienen su efígie, una mujer gorda, del tipo de Clara Bow, de cuello corto y saliente.

### Catalina la Grande

La célebre amante de Luis XV, suficientemente encantadora y loca para extraer del bolsillo real 35.000.000 de libras esterlinas en cinco años, era, según Evelyn, cronista de la corte, *una simple campesina, agradable y robusta.*

### María Antonieta

Tenia que montar en un caballo muy escogido, tal era su peso. Madame Maintenon y La Vallière, según el duque de Saint Simon: *tenían que ser apretadas dentro de cualquier vestido.*

### Jorge Sand

Que fué tan amiga de Sezé, Chopin, Julio Sandeau, Próspero Merimée y, particularmente, del desgraciado y genial Alfredo de Musset, gustaba tanto de la cocina francesa que se hartaba de ella y dejaba caer su cuerpo gordo en cualquier parte.

### Mafá Hari

Cuyo admirable cuerpo color de ámbar pesaba, según los verídicos registros de la policía francesa, 153 libras.

### Magda Lupescú

La de cabellos de fuego y rolliza favorita del rey Carol de Rumania, que disfrutó de notoriedad periodística durante veinte años, agregó al trono, el peso de sus 160 libras.

Roberto Buckner.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos que extractamos para ARIEL, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

## UNA TUMBA

Las cinco de la tarde. Varios autobuses gigantescos se detienen ante el Arco del Triunfo y vomitan turistas yanquis, turistas Cook, que se agolpan en derredor del guía. Este, un italiano de piernas cortas, con el acento de Mulberry-Dagos en el barrio oriental de Nueva York, desarrolla su explicación.

—Cinco cadáveres destrozados, indentificables, fueron encerrados en cinco ataúdes. Un niño indicó uno de ellos. Este es el que yace hoy bajo la losa. Un soldado francés desconocido—lo único que podía indentificarse aún era el uniforme—, muerto por la patria. Aquí, ladies and gentlemen, ven ustedes a ver la llama perpetua encendida en el ánimo de un cañón. Ahora háganme el favor de mirar hacia la izquierda. ¿Ven ustedes el Hotel Astoria? En el verano de 1914, el emperador Guillermo se hizo reservar habitaciones para presenciar la entrada victoriosa de sus tropas a través del Arco del Triunfo.

Ansiosos de instruirse, los cuellos de goma norteamericanos vuelven la cabeza hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia arriba y hacia abajo, hacia la tumba.

Hace mucho calor. El guía se limpia la cabeza y el cuello, sudorosos. Una señora ya madura pregunta:

—What's the idea of this fire?

El guía explica:

—Es un símbolo, señora. La piedad de toda una nación..

Achaparrado y corpulento, se acerca uno a la llama y la señala con el dedo:

—What do they burn? Oil?

Arthur Holitscher.

De *El Baedeker de los Locos*,  
páginas 59 y 60.

## ARCO

Apolo hizo a Abaris, el escita, la merced de una flecha con la cual hendiría los aires y salvaría las distancias, según su voluntad.

Es un símbolo bello del poder que el príncipe de las musas concedía a todo artista para recorrer con el dardo de su espíritu los parajes más separados y los paisajes más diversos de países y de almas.

Arco. Esta es la puerta por donde se penetra a la visión del vario panorama.

Arco. Este es el que se distiende para lanzar la saeta de Abaris.

Pedro de Répide.

## MANICOMIO

Fui a conocer a los Silva Bolívar. La sobrina del Libertador le parió muchos hijos a Laurencio Silva, y la familia es un manicomio. ¡Muchos locos! Lo curioso es que de pronto aparece uno, y llevándose el dedo índice a la sien, hace movimientos, para indicar que los otros están locos.

¡Muchos locos en la familia Bolívar! Juancho era loco y bobo; se parecía mucho a don Simón en el físico. Don Fernando era abogado, hombre raro, silencioso, avariento. María Antonia le puso pleito a su hermana Juana, para desconocerle un pagaré que le firmó el Libertador y que debían pagarle al vender las minas de Aroa.

*Fernando González.*

### DIAMANTE AZUL EN MI TESORO DE RECUERDOS

Cuando yo había salido apenas de la infancia me llevó mi padre varias veces a su hacienda El Suyate, y en Catacamas nos hospedábamos en casa de un viejo amigo suyo que tenía una hija encantadora.

Era morenita, con unos ojos aterciopelados y una opulenta cabellera negra que llevaba siempre suelta y le caía hasta la cintura. Suave y linda como una flor, moviase con voluptuosa languidez y su voz dulce y cálida impresionaba como una caricia.

Poseía un precioso nombre, único en su gracia simbólica, propio de su ser inocente.

Para mi hermana fué el tipo perfecto de la María de Isaacs por su género de belleza y por su candoroso espíritu.

—Es un ángel, una criatura seductora, digna de un príncipe—la oí decir una vez.

Erraba en el círculo de rosas de su adolescencia y su cariño para mí refulge como un diamante azul en mi tesoro de recuerdos.

...En aquellas noches blancas, en el escaño del corredor adormíame en sus brazos; y bajo las profundas tinieblas de sus cabellos hundía yo con delicia la cara en sus senos olorosos...

...Ha pasado medio siglo sobre aquellas preciosas horas de ilusión infantil. Y todavía, al evocarlas, veo a la virgen primaveral sonriéndome en un sueño, y siento en mis labios el sabor de su boca y en lo más íntimo de mi corazón su perfume ambarino.

Enero de 1938.

*Froylán Turcios.*

## ARIEL

A visitar nuestra Redacción ha llegado desde San José de Costa Rica, *Ariel*, quinzenario antológico que dirige Froylán Turcios, el insigne poeta y escritor hondureño. Por sí sola se recomienda esta publicación, cuyas páginas son todas de oro de buena ley. Quien no haya leído o conocido a Turcios, ignora que es él una de las más bellas y soberbias personalidades literarias de Centro América. En su individualidad polifacética se ostentan con garbo y estética dotes y raros atributos. Es novelista, poeta de lira sonora y de espontaneidad fuerte y poderosa, prosista, cuentista, político y literato de timbres y nimbos. Adentro que se le ale en su pluma vive un corazón que sabe de verdad amar a la Patria, esa patria de que dió la exacta definición Renán cuando dijo que era un plebiscito cotidiano.

*Bibliotecas y Libros.*

Cali, Colombia, diciembre de 1937.

### PREDICCIÓN FUNEBRE

En una conversación entre Catulle Mendès y el periodista George Vanor, en el teatro Sarah Bernhardt, surgió el tema sobre el aspecto exterior de Hamlet, y la conversación degeneró en una disputa acalorada. Mendès afirmaba que Hamlet era una persona gruesa, a lo que su contrincante replicaba que este aspecto respondía a una falsificación de cierto artista que desempeñaba el papel de Hamlet y que poseía aquella corpulencia. Refutó con mayor calor Mendès, pronunciando la palabra *mentira*, y la cuestión terminó con una bofetada y un duelo, del que Mendès salió mal herido de un puntazo en el vientre, que puso su vida en peligro. Pero él mismo predijo su muerte para el futuro, y su fantasía vivaz le presentaba el cuadro, en el trance de muerte, debajo de una bóveda oscura, pues la visión señalaba el suceso durante un incendio de teatro o en un accidente ferroviario. Y sus presentimientos se cumplieron: a los pocos años cayó de un tren, en plena marcha, en el túnel de Saint-Germain, durante la noche. El cadáver estaba sobre los carriles y una locomotora que venía en sentido contrario le cercenó la cabeza.

*Alfred Duschen*

## EL ELEFANTE HERIDO

Fouché de Obsonville—discreto viajero, grave y nada novelero—vió en la India un elefante que, herido en la guerra, iba todos los días al hospital para que le curasen la herida. Ya puede el lector imaginar cuál era la curación a que se sujetaba el paquidermo: el fuego, a que en aquel peligroso clima donde todo se corrompe, se ven con frecuencia obligados a echar mano para cauterizar las heridas. El elefante no sólo sobrellevaba esta cura, como lo prueba el que todos los días fuese de suyo a someterse a ella, sino que no demostraba rencor alguno al cirujano que le imponía un dolor tan agudo; gemía y nada más. El animal, era patente, comprendía cuán necesaria era a su salud la crueldad con que le trataban.

J. Michelet.

## MISCELANEA INTERESANTE

—Unos artesanos colocan una noche e féretro de Schiller en el fondo de una tumba. Años y años se pudre allí su esqueleto; luego un día vuelve a abrirse esa sepultura y Goethe, pensativo, toma en sus manos la calavera del que fué su amigo tan querido. Pero el celeste prisionero ni tan sólo comprende la palabra muerte. Después aquel sabio anciano de ochenta y tres años, Goethe, parte también; va a la muerte después de Beethoven, de Kleist, Novalis, Schubert.—Sweig.

—El rostro de *Rodrigo Borgia*, alargado y sombrío, asustaba a los místicos, evocando el lúbrico perfil del macho cabrío del Sabat.—*Paul Rival*.

—El mártir Atalo, sentado sobre el hierro enrojecido, mientras su carne se tostaba como la de un asado, llamaba a sus verdugos comedores de hombres.

—La política mató en Marco Aurelio toda libertad ética. No puede más que sufrir y desesperarse. "¡Oh muerte, no tardes mucho en venir, de miedo que yo mismo llegue a olvidarme por completo!"

—Thiers se burlaba del poeta Lamartine que creía en el futuro de los ferrocarriles. Sabía bien aquél que este juguete no transportaría nunca a los viajeros más allá de París a San Germán. Cuando se dió a la Academia de Ciencias la primera experiencia del teléfono, ésta acusa al experimentador de ser un prestidigitador y un ventrilocuo. Pocos años antes de que Santos Du-

mont triunfase en su primer vuelo, la misma Academia de Ciencias decide no tomar ya en consideración cualquiera comunicación sobre el más pesado que el aire, tan ridículamente paradójico, más visiblemente quimérico que la cuadratura del círculo o que el movimiento continuo.—*Han Ryner*.

—Dos categorías de personas diferentes me atacan: los sabios y los ignorantes. Ambas me ridiculizan y me tratan de maestro de baile de las ranas. Sin embargo, yo creo haber descubierto una de las más grandes fuerzas de la naturaleza.—*Galvani*.

—Siento decrecer mi fe en el alma humana ante un hombre dormido, con la boca abierta y resollando como un cerdo.—*Gastón Riou*.

—El astuto Luis XI de Francia tenía como divisa:

*Donde está el provecho está la gloria.*

—Buda, Schopenhauer, Hartmann, han alcanzado los límites de la ancianidad sin que su concepción de la vida cambiase lo más mínimo.—*Cabanés*.

## LIBROS DE FROYLAN TURCIOS

editados en París

<i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	4.00
<i>El Vampiro</i> (novela)	3.00
<i>Páginas de Ayer</i> — . . . . .	3.00
<i>Flores de Almendro</i> (poesías)	3.00
En la LIBRERÍA ARIEL	

## BANQUETE OFRECIDO A ALBERTO DURERO

El domingo 5 de agosto los pintores me invitaron en su casa gremial (Amberes) con mi esposa y su camarera. Todo el servicio era de plata, y había otros espléndidos adornos. Eran los manjares costosísimos. Las esposas de los pintores nos acompañaban. Yo me senté a la cabecera y ellos a cada lado, como un gran señor. Todos se esforzaban por hacerme la reunión agradable, y cuando estábamos así con tanto honor, llegó el síndico de Amberes con dos servidores y me presentó cuatro jarros de vino en nombre del Consejo de la Ciudad, deseándome todo el bien posible. Llegó después el maestro de los carpinteros y presentóme otros dos jarros, ofreciéndome sus buenos servicios. Así pasamos una noche alegre, hasta muy tarde, y todas aquellas personas nos acompañaron a la posada con linternas, honrándonos mucho.

Diario, de Alberto Durero.

## LAS MANOS MISTERIOSAS

En todas las casas hindús se encuentran unos braseros de cobre, constantemente encendidos, para quemar de vez en cuando un poco de polvo perfumado compuesto de sándalo, de raíz de iris, de incienso y mirra.

El fakir puso uno en el centro de la terraza, y a su lado un plato de cobre lleno de la olorosa mezcla; hecho esto, se acurrucó en el suelo, con su postura familiar, cruzados los brazos, y comenzó un largo recitado en una lengua desconocida.

Cuando terminó sus invocaciones permaneció inmóvil en la misma postura, la mano derecha apoyada sobre su bastón de siete nudos y la izquierda doblada sobre el corazón.

Creí que iba a caer en catalepsia, pero no ocurrió así, pues de vez en cuando se llevaba la mano a la frente y parecía hacer poses para despejarse el cerebro...

De pronto no pude reprimir un estremecimiento: una nube ligeramente fosforescente acababa de formarse en mi alcoba y de ella brotaban manos que volvían a desaparecer con gran rapidez. Al cabo de pocos instantes algunas de estas manos perdieron su apariencia vaporosa, adquiriendo la semejanza de miembros humanos; mientras unas, cosa singular, se materializaban, otras se hacían más luminosas. Las unas se volvían opacas y proyectaban sombra bajo la luz y las otras tenían tal transparencia que permitían ver los objetos colocados tras ellas.

Conté hasta diez y seis.

Pregunté al fakir si podía tocarlas, y apenas había formulado mi deseo, una de ellas vino revoloteando a estrechar la mano que yo le tendía. Era pequeña, suave y fresca como la de una joven.

—El espíritu está aquí—dijo Covindasamy—aunque sólo sea visible una de sus manos. Puedes hablarle, si quieres.

Soñando pregunté si el espíritu dueño de aquella mano encantadora consentiría en dejarme un recuerdo. En respuesta la mano se desvaneció en la mía y se dirigió hacia un ramo de flores, arrancó de él un capullo, lo arrojó a mis pies y desapareció.

Durante dos horas asistí a una escena capaz de hacer sentir el vértigo... Tan pronto una mano me acariciaba la cara o me hacía aire con un abanico o dejaba caer una lluvia de flores o trazaba en el espacio, con letras de fuego, palabras que se desvanecían desde que la última letra había sido escrita.

Varias de estas frases me llamaron tanto

la atención, que las escribí rápidamente con lápiz:

*Divyavapur gatwá,*

en sánscrito: *He tomado un cuerpo fluido.*

Inmediatamente después la mano escribió:

*Atmanam creyasa yoxyafas*

*Dehasya sya vimocanaf.*

(Alcanzarás la dicha desembarazándote de ese cuerpo perecedero).

Y durante todo esto fulgurantes relámpagos cruzaban las dos habitaciones.

Poco a poco, todas las manos se desvanecieron; la nube de la que parecían brotar había desaparecido gradualmente, a medida que las manos se materializaban. En el mismo sitio en que se desvaneció la última, quedó una corona de siemprevivas amarillas de penetrante perfume.

*Luis Jacolliot.*

*El Espiritismo en la India,*  
páginas 144 a 146).

## LA MUJER Y EL CHACAL

Había en la India, no lejos de los bordes del Ganges, un matrimonio campesino. El hombre era viejo; su mujer, joven y bella. Se presentó un intruso que fué bien acogido y enloqueció a la mujer hasta obtener de ella que le siguiera, abandonando al viejo esposo para correr fortuna juntos bajo la bendición del amor. Huyen. Hacen un largo camino y van a detenerse a orillas de un profundo torrente. ¿Cómo harán para cruzarlo?. El paquete que llevan es el más grave estorbo. Reflexionan. El amante propone atravesar a nado el solo las aguas del río y transportar a la otra orilla los objetos que la mujer ha sacado de su hogar, para volver luego en busca de ella misma. Ella consiente. Él se arroja al agua, atraviesa el río a nado y huye, llevándose las cosas de la mujer. La pobre queda desesperada en la otra orilla, lanzando gritos lastimeros. Se sienta al borde del agua, se arrepiente y llora.

De su ensimismamiento la saca un ruido extraño. Es un chacal que, con un trozo de carne en la boca, sigue por la orilla la corriente del agua. Se detiene de golpe; ha visto un pez en la onda transparente; abandona su primera presa para agarrar la nueva, inútilmente, pues el pez se escapa, dejando de este modo que un milano que revolotea cerca le arrebatte el trozo de carne que flotaba en el agua. La mujer abandonada ha visto la escena; a pesar de su propio quebranto, ríe

por ello. El chacal, irritado, vuélvese hacia ella y la dice:

—Usted que de mí se ríe, ha sido tan loca como yo. Está Ud. sola, desnuda y desolada a orillas del río que no puede usted cruzar. Ha perdido usted su marido y su amante la ha abandonado. Así como yo me he quedado sin el pez y sin la carne.

(Del libro sánscrito  
Pantcha-Tantra).

## EL PALACIO DE VERSALLES

Versalles estaba resplandeciente de luces. Desde la planta baja hasta el tejado, las arañas, los muebles dorados y los mármoles resplandecían. Excepto en la habitación de la reina, todas las puertas estaban abiertas de par en par; a medida que el caballero avanzaba le invadían una sorpresa y una admiración difíciles de imaginar, porque lo que hacia realmente maravilloso el espectáculo que se le ofrecía no era solamente la belleza y el esplendor del mismo sino la absoluta soledad en que se encontraba aquella especie de desierto encantado.

Los candelabros de la galería de los espejos, al mirarse en éstos, se devolvían a sí mismos sus luces. Sabido es los millares de amorcillos, de ninfas y pastoras que jugueteaban entonces por los artonados, revoloteaban por los techos y parecían enlazar el palacio entero en una inmensa guirnalda. Había vastos salones con doseles de terciopelo salpicado de oro y grandes sillones de gala que aún conservaban el majestuoso empaque del gran rey; más allá otomanas arrugadas y sillas de tijera en desorden alrededor de una mesa de juego; una serie infinita de salones siempre vacíos, cuya magnificencia resaltaba tanto más cuanto más inútil parecía. De vez en cuando puertas secretas que se abrían sobre interminables corredores; mil escaleras y mil pasillos que se cruzaban como en un laberinto; columnas hechas como para gigantes; gabinetes desordenados como escondrijos de niños; un enorme cuadro de Vanlío junto a una chimenea de pórfido; una caja de lunares olvidada al lado de una grotesca figurilla china; ya una soberbia grandeza, ya una gracia afeminada y por todas partes, en medio del lujo, de la prodigalidad y de la molición, mil aromas embriagadores, extraños y variados,

mezcla de perfumes de flores y de mujeres; una enervante tibieza, un aire de voluptuosidad. ¡Verdadero palacio de hadas!

Alfredo de Musset.

(El lunar).

## NOTAS

### Correspondencia de Ariel

Frecuentemente recibimos cartas—firmadas algunas con pseudónimos—en que se nos hacen insinuaciones y preguntas relativas a nuestra revista. Como en casi todas notamos un cordial interés y un afectuoso estímulo, nos vemos obligados a contestar, en breves términos, a las más importantes.

A *Andrenio*.—Destinamos ochocientos ejemplares de *Ariel* para canje con las mejores revistas y periódicos del mundo, en remisiones a todas las Bibliotecas Nacionales y a los prominentes poetas y escritores extranjeros. *Ariel* es leído hasta en los más remotos lugares de la tierra.

A L.W.—Por el carácter antológico de *Ariel* no podemos admitir colaboraciones espontáneas. Pero sí le agradecemos sus generosos conceptos sobre nuestras labores culturales.

A *Gladys*.—Gracias por su simpatía y su aplauso. I por su comprensión. Como Ud. bien dice, *Ariel* no persigue ninguna finalidad material. No es un negocio sino una expresión de cultura. Si fuéramos ricos la distribuiríamos gratuitamente; pero como no lo somos, a nuestro pesar tenemos que fijarle precio para cubrir los gastos de su edición, envío, etc. Nada más.—Es cierto, por desgracia, que algunas personas han intentado hacerle el vacío, y otras se negaron a pagar la suscripción sin devolver los ejemplares recibidos; pero, en cambio, innumerables adhesiones de altos espíritus nos han llegado, compensándonos ampliamente de la indiferencia o fácil hostilidad de aquéllas.

### De Administración

Agradeceremos a nuestros buenos agentes de Honduras, a quienes se dificulte el envío directo de los productos de *Ariel*, se sirvan remitirlos al Profesor don Carlos Alberto Pineda, residente en San Pedro Sula.